

colorchecker CLASSIC



mm

x-rite

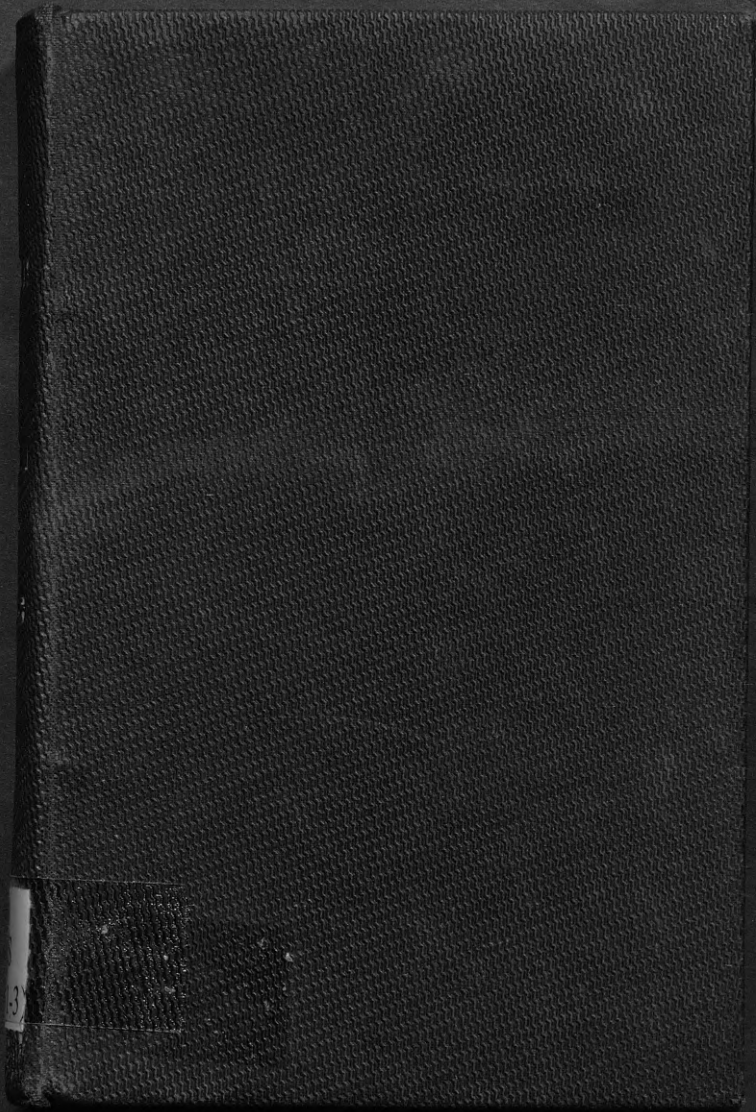
col. de emilia
CARTAS
À EMILIA
sobre
LA MITOLOGÍA,
escritas en frances en prosa y verso
POR
Carlos Alberto Demoustier,
y traducidas por
D. Romualdo Gallardo.

TERCERA PARTE.

MADRID: 1840.
IMPRESA DE D. MIGUEL DE BURGOS,
donde se hallará.

RES 1428 (3)

A 1843730



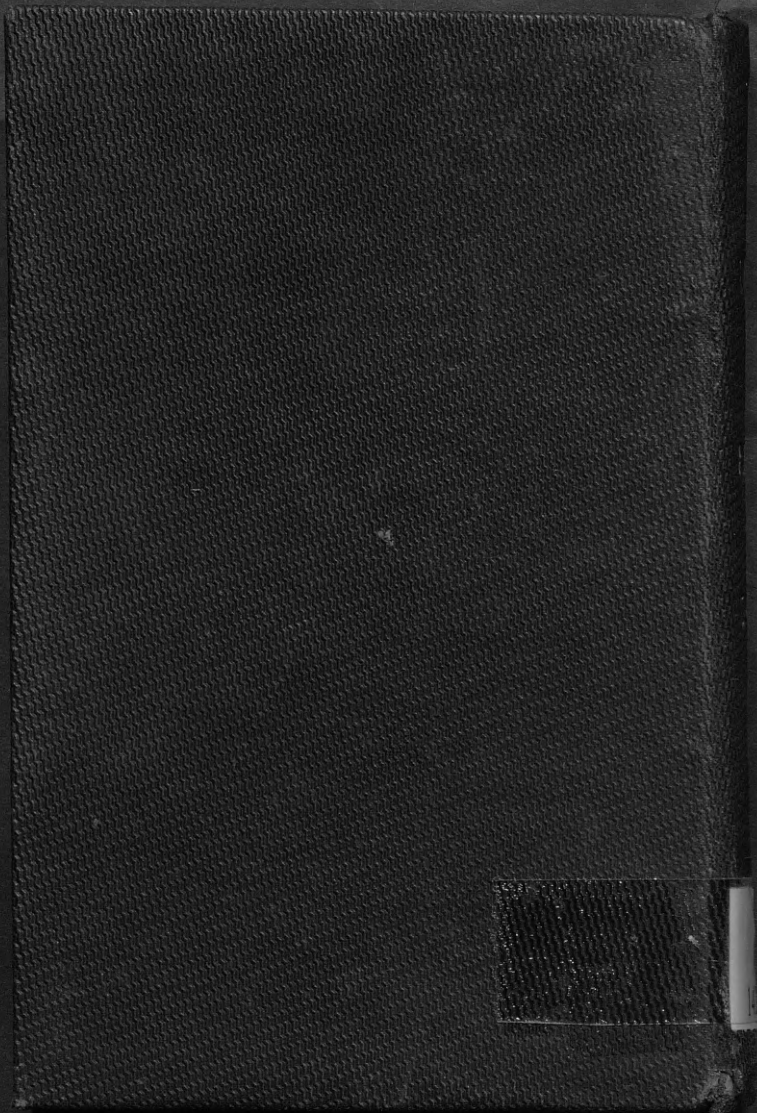
CARTAS

A

EMILIA

1-2-3

RES
1428(1-3)



[Handwritten scribbles]

RES
1428
(3)

CARTAS
Á EMILIA

sobre

LA MITOLOGÍA,

escritas en frances en prosa y verso

POR

Carlos Alberto Demoustier,

y traducidas por

D. Romualdo Gallardo.

TERCERA PARTE.

MADRID: 1840.

IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS,

donde se hallará.

A 188137720

H. Blanes f. 40

~~LA MITOLOGIA~~
A

cordes

LA MITOLOGIA

lectura en frances en grec y en

por

donde, Alberto Camacho

y traducidas por

D. Homero de Castro

TERCERA PARTE

MADRID: 1840.

IMPRESA DE M. MIGUEL DE BURGOS

donde se halla.

Á EMILIA.

Castillo de L.....

Te escribo, amada Emilia, desde este
tranquilo gabinete, cuya agradable man-
sion ha merecido tan á menudo tu pre-
sencia.

Por tí a questo recinto solitario
Se trasforma en el plácido santuario
De la gloria, virtudes y talento.
¡Cuál fuera mi contento,
Si, doblando á tu vista la rodilla,
Erigirle pudiese en mi capilla!

Debo sin embargo manifestarte que tu
aficion á esta grata celdilla se conforma
en un todo con lo que mi corazon apetece.

Un retrete sencillo, iluminado
Por los rayos de luz opaca y débil,

Busca mi corazon; alli respira.
 El albergue sombrío y solitario
 Sin duda se formó por el Deleite
 Para el tímido Amor, y aun á menudo
 La discreta Amistad quiere misterio.
 Cuando juntos, por dicha, nos hallamos
 En estrecha mansion con los amigos,
 Que fieles al deber nos corresponden,
 La paz, la libertad y la franqueza
 Presiden en comun aquella junta.
 El círculo pequeño á cada instante
 Lo vemos estrechar en torno nuestro;
 Nada mas se hace allí, todos se miran;
 Pero ¿es poco placer el verse unidos?

En salones espaciosos,
 Dilatados,
 Con los muebles mas lujosos
 Adornados,
 Mis ojos hallan primores
 Y mi corazon tristeza,
 Por no ver en esta pieza
 Al Placer ni á los Amores.

Al contrario, en la morada
 Muy estrecha

El Amor no pierde nada,

Ni desecha;

Todo en ella se recoge,

Y una simple vagatela

En corto espacio no vuela

Y al momento se la coge.

Y tambien la Verdad pura,

Vergonzosa,

Busca la mansion oscura,

Temerosa

De que vean los mortales

Lo que su vergüenza oculta,

Y entre sombras nos sepulta

Sus encantos celestiales.

Allí reina la Franqueza

Sin testigos

Cuando se hallan en la pieza

Dos amigos;

Y si uno de ellos suspira

Gusta saroso contento

Al notar que su lamento

A el otro dolor inspira.

;Ay Emilia! ; Dichoso quien á tu lado

pueda hacer esta dulce experiencia! Si los dioses hubiesen reservado para mí tan grata felicidad, ¿qué templo ó encantada mansion equivaldria á tu amable asilo?

En él alegremente viviria,
Sin temer á la Parca sorda y fiera:
Su cortante guadaña no me altera,
Y á tu lado gustoso moriria.

Mis últimos suspiros mezclaria
Con el nombre de Emilia placentera:
Mi alma de Aqueronte la ribera,
Por venir á tu lado, dejaria.

Asi la golondrina apresurosa
Atraviesa los mares y montañas
En estacion feliz y calurosa,

Dejando las regiones bien extrañas
Por gozar en su nido los ardores
Que animaron sus jóvenes amores.



CARTAS Á EMILIA

SOBRE

LA MITOLOGÍA.

CARTA XXXVI.

NACIMIENTO DEL AMOR.

Si dijese á V., Emilia, que existe un ciego armado de flechas emponzoñadas que, por instinto cruel, escoge á su gusto las víctimas, á las que atraviesa el corazon con sus tiros certeros, y que lleva ademas sobre sus ojos una venda que, multiplicándose á lo infinito, cubre con ella los ojos de cuantos han sido heridos por su dardo fatal, ¿no trataria V. de fabulosa y embustera semejante narracion? Pero si añadiese que

el ciego es uno de sus conocidos, á quien ha prestado en diferentes ocasiones sus ojos, recibiendo en recompensa su venda ¿la admiracion no sucederia á la incredulidad? Y si asegurase finalmente que, desde la edad de quince años, ha conducido V. de la mano al ciego, arrojando V. misma uno de sus mas penetrantes dardos, ¿no recordaria entonces al amigo de Emilia, diciendo risueña, este ciego es el Amor?

Del dios que nos dispensa la ternura
 Me complazco en hablar diariamente;
 Emilia me prohíbe que le miente,
 Y mi labio indiscreto se lo jura:
 Mas vuelvo á delinquir, y á ser reñido,
 Y hablamos, sin querer, del dios Cupido.

Apenas Venus hubo dado á luz á el Amor, cuando Júpiter, leyendo en su fisonomía pérfida y halagüeña el mucho mal que causaria en adelante, le proscribió acabado de nacer. Venus, débil todavía, tomó en sus brazos al caro infante, y para sustraerle del furor de Júpiter se internó con su preciosa carga en las selvas de la isla de Chipre. Allí olvidó los placeres y brillo de la corte celeste, y se dejó dominar de las deli-

cias que proporciona el cariño materno.

¡Cuántas veces gustando la dulzura
De ese afan deleitable
De inquietudes, recelos y ternura,
Del cariño materno inseparable,
Sus penas se cambiaban en consuelos!
¡Son de madre tan dulces los desvelos!
Si despues de gustar el alimento,
El niño idolatrado,
Le veía, tranquilo y soñoliento,
Quedar entre sus brazos reposado,
A los Vientos decia: «Deteneos;
»Céfiro, halágale con tus recreos.
»Y tú, flor delicada y olorosa,
»Embalsama la esfera.
»¡Blando Sueño! su frente candorosa
»Corona con la verde adormidera
»Que guardas para mi: yo te lo ruego.
»¡Es tan grato velar en su sosiego!
»¡Cuál aumenta las gracias de inocencia
»Este sueño apacible!
»¡Quién dirá que tan fragil existencia
»Sostiene al vencedor irresistible,
»Aquel cuyo poder fuerte y divino
»A las leyes iguala del Destino!
»Algún dia cual déspota tirano
»Dominará en la tierra;
»Su poder colosal, duro, inhumano
»A las mismas deidades hoy aterra.
»¿Y me debe á mi el ser?... ¡y yo le crio
»Para hacerle señor de mi albedrio!
»Mas su rostro parece que se altera;
»¡Sufrirá por ventura?...
»Pero no; ya con risa placentera
»Me demuestra su cándida ternura;
»Ya sus ojos me buscan, ya me mira,
»Ya me tiende sus brazos, y suspira.»

Venus, á pesar de la ternura que su hijo la inspiraba, no fué su única nodriza. Si el Amor hubiese mamado solamente la leche de la belleza, no hubiera adquirido mas que esa tintura de coquetismo, que en nuestros dias comunica, á lo sumo, cierta inconsecuencia; pero tan pronto como aprendió á andar, recorrió los bosques, y extrajo la leche á las bestias salvajes, cuya sustancia le comunicó su ferocidad. A poco tiempo fabricó un arco de fresno, y le proporcionó las flechas un árbol de ciprés, acostumbrándose á disparar en los mismos animales que le habian alimentado. Seguro de su destreza la ejercitó contra los hombres, y hasta la misma Venus no pudo evitar sus dardos.

Algunos de ellos, ligeramente dorados, hieren á los amantes dichosos: otros, armados con puntas de acero, comunican al corazon la ingratitud é indiferencia; pero la mayor parte, empapados en un veneno muy activo, herian, y aun hieren hoy dia, á los amantes desgraciados. Sus tiros casi siempre son inevitables;

Aunque tambien se asegura
Que todo sabio entendido

Como viva prevenido
Alcanza presto la cura.

La dañosa picadura
No causa la muerte luego;
Turba, si, nuestro sosiego,
Y nos duele sin cesar;
Pero nos puede curar
Una bella con su fuego.

Oculto sin embargo el Amor con tal
destreza sus dardos, y las Artes y Na-
turaleza favorecen tan bien sus intencio-
nes, que hasta la misma Desconfianza
no los puede á veces evitar.

Si del sabio la vista descuidada
A mirar se detiene la belleza,
Que marcó sobre tela preparada
El jugoso pincel con gran destreza,
La flecha, sin saber, es disparada,
Su seno traspasando con presteza:
Ilusion halagaba su sentido

Y al fin por Realidad quedó vencido.
; Cuántas veces en bosque solitario,
Respirando la paz y la frescura,
El Eco le repite al hombre sabio
Las canciones de jóven hermosa,
Y prestando atención el temerario,
Se deja poseer de la ternura
Que logra seducir su pecho ardiente,
Y del dardo fatal la herida siente!

Otras mil, del cansancio acometido,
Inmediato al arroyo se recuesta,
Y se pinta gozoso y distraido
En su imaginacion aquella fiesta,
Que siempre la recuerda enternecido:
" ; Qué bella estaba Clori! ; qué modesta!

» ¡Qué sencillez su traje denotaba!»

Así nuestro filósofo soñaba:

“Ven á gozar ¡oh Clori! del encanto

»Que disfruto en la selva deliciosa;

»Oirás del colorin el suave canto,

»Y tus pies delicados, vergonzosa,

»Lavarás en sus fuentes entretanto,

»Halagada del lirio y de la rosa:

»No temas las miradas indiscretas

»Del que trate de ver gracias secretas.

»Yo te defenderé de sus miradas,

»Y no temas las mias; ya preveo

»Que tus gracias serán bien acabadas:

»Es laudable y honesto mi deseo,

»Mis pasiones están amortiguadas,

»Respeto la virtud”..... Entonces creo

Despierta el soñador enternecido,

Y del dardo de Amor ya se ve herido.

Ya ve V. que los dardos del Amor se encuentran por todas partes: en la corte, en la soledad, entre los pliegues de un vestido, entre las flores de un ramillete, en los reflejos de un cristal, en los romances, y hasta en las cartas amistosas, excepto en las mias, según presumo.

Aunque estos tiros penetran hasta el fondo del alma, se insinúan casi siempre por la vista; y es forzoso que exista desde los ojos al corazón alguna fibra delicada que sirva de conductor á esta llama eléctrica. Yo quisiera que en este

siglo ilustrado, en el que tanto se han adelantado los conocimientos anatómicos, hubiese un sutil anatomista que descubriese esta fibra conductora; y una vez demostrado que el poderío del Amor se estriba en un hilo, cortado este hilo,

Adios para siempre los grandes secretos
De llantos, suspiros, traiciones, miradas:
Adios las sospechas, por celos causadas,
Y tantos temores de amor indiscretos,....

Mas ¡ah! que se llevan tambien los encantos,
Que gozan las almas, de suave ternura;
Adios la delicia que nunca se apura
De tiernos suspiros, de besos y llantos;

Adios los placeres de amante dichoso;
Volaron sus glorias, deleites, contentos:
¿Podrá compensarnos tan gratos momentos
El frio que causa tranquilo reposo?

¡Ah! no; los amores son nuestra existencia:
Gozar los placeres de amor sin testigo,
Sin ver los pesares que llevan consigo,
Del hombre sensible lo pide la esencia.

Amor encadena con lazo muy fuerte
Los celos, zozobras, temor y esperanza;
Placeres y penas poniendo en balanza:
Sufrir adorando, tal es nuestra suerte.

Por lo tanto, mas vale que abandonemos el proyecto de nuestro descubrimiento, pues aunque pudiésemos resguardarnos de los tiros del Amor, todavia nos subyugaria con los encantos

de la persuasion. Ningun dios posee como él la ciencia de saberse insinuar en el corazon, de halagar la moral, de desvanecer los escrúpulos, y de vestir á las debilidades humanas con el colorido de la virtud. Tambien se asegura que sus argumentos no admiten réplica, y no quiero contradecir esta opinion.

Pero su filosofia
 Suele subirse á mayores:
 ¿No es una pedanteria
 Hablar de sabiduria,
 Como el ciego de colores?

Por lo demas, si sus razonamientos no siempre son justos, deberán ser al menos muy divertidos, pues se los inspira la Locura, á quien Júpiter le ha dado por conductora. Esta agil diosa le conduce sin cesar á las tertulias, á los teatros, á los bailes y á las citas. Entre nosotros se viste á la vez el uniforme, el sombrerillo, la mantilla, la capa, la ropa talar, el bonete, la peluca, el traje cortesano, la toca, y aun la capucha. Muchas veces no le sirven de nada estos trajes, y entonces, por no vestirse de prestado, se ve el infeliz en la precision de caminar desnudo. Su desnudez

excita la compasion, y consigue quanto quiere: une á este tierno interes una memoria, aun mas tierna, quando se recuerda que su desnudez es hoy dia el emblema de lo que fué en la edad de oro. Entonces

Como desnudo se hallaba,
Su malicia no encubria,
Y sin rodeos decia:
"Yo te adoro" á la que amaba.

Tan ingénua confesion
Comprendia todo amante,
Y al problema, en un instante,
Dar podia solucion.

No queria parecerse
A una Emilia que yo trato,
Que habla siempre con recato,
Temiendo comprometerse;
Y por salvar el pudor,
Usa de frases cortadas;
Pero ¿sus tiernas miradas
No descubren su interior?

Como siempre ha sido
La inocencia y el candor
Dado sin los años
Como nunca los años
La Xerox vivió momentos
sin haber por el tiempo

CARTA XXXVII.
INFANCIA DEL AMOR.

Todos se quejan continuamente de los dardos del Amor: sin embargo, ¿cuántas mas lágrimas han causado sus alas que no sus flechas? Sus alas están teñidas de color de púrpura, de oro y de azul; y esta mezcla de colores nos ofrecen el emblema de la inconstancia en los diferentes matices de que á cada instante se revisten sus plumas.

No puedo decir á V. con certeza, amable Emilia, qué edad tendria el Amor cuando le comenzaron á nacer las alas: alguno de tantos presumidos no dudaria afirmar que le nacieron el mismo día, ó cuando mas al siguiente, de su nacimiento. Pero diré á V. mi modo de pensar respecto á esto:

Como siempre ha sido fiel
La Inocencia y el Candor,
Nació sin alas Amor.

Como nunca fué cruel
La Niñez, vivió contento
Sin navegar por el viento.

En su bella pubertad
Tampoco las conoció,

Y sin ellas se pasó:

En esta feliz edad

En qué reinan los recreos

Son constantes los deseos.

Mas cuando salió de niño

Y las bellas le besaron,

Ya sus alas apuntaron.

Con los besos, el cariño,

Las caricias y las galas

Se desplegaron sus alas.

Ya despues con su dulzura

Y lenguaje seductor

Cobró mas fuerzas Amor;

Y cuando por la ternura

Su gusto logró saciar.....

Entonces echó á volar.

Poco tiempo despues, paseándose
el Amor con su madre por una pradera
esmaltada de flores, desafió á Venus á
recoger en pocos minutos mas flores
que ella, contando siempre con la agi-
lidad de sus alas: Venus aceptó el des-
afio, y Cupido, revoleteando delante
de su madre, ya se preparaba á con-
seguir el triunfo, cuando

Al creerse vencedor,

Se desvaneció su gloria:

·Cuántas veces el Amor

Deja escapar la victoria

Por volar de flor en flor!

La ninfa Peristera, que acompañaba

III.

B

á Cipre, la ayudó á llenar de flores el canastillo; y el Amor, al ver que la ninfa tenia la culpa de su vencimiento, la trasformó en paloma.

Asi previno con arte
A las ninfas presumidas
Y damas entremetidas,
Que siempre que tomen parte
En negocios del Amor,
No evitarán su furor.

Siempre ha conservado Cupido el gusto de volar incesantemente á pesar de sus malos sucesos. Sigue en sus conquistas la marcha incierta de nuestros héroes aventureros, con la sola diferencia que estos envejecen al salir de la infancia, y el Amor siempre conserva el mismo rostro, la misma frescura y la misma agilidad que un niño. Esta perpetua juventud admira, y mucho mas cuando se la compara con su fuerza irresistible.

Este débil infante,
Yo no sé por qué mágico portentó
Consigue en un instante
Trastornar la razon y entendimiento:
Mas ¿acaso tuviera fortaleza
Sin mediar las pasiones y flaqueza?

Por lo demas la niñez del Amor está demasiado comprobada por sus juegos,

caprichos é inconsecuencias; y se asegura asimismo que la edad de la prudencia ni puede convenirle ni agradarle.

Es tan jóven el Amor,
 Tan revoltoso y travieso,
 Que, como niño sin seso,
 Nunca pierde el buen humor.
 ¡ Cuántas veces la vejez,
 Muy confiada en sus ojos,
 Por complacer sus antojos
 Se ha trasformado en niñez?

Su figura, sin embargo, no lleva impreso el carácter peculiar de la inocencia: en ella solo se manifiesta el placer de haber hecho mal, y el deseo de volverlo á hacer. Los antiguos, á pesar de la fisonomía pérfida del Amor, le miraban como al dios mas bello de cuantos habitaban en el Olimpo, cuya opinion me parece muy natural, pues

Si la beldad tierna y pura
 Que cautiva mi atencion
 Es para mi corazon
 La mas perfecta hermosa;
 No se tendrá por locura
 Que rinda culto al Amor,
 Como al dios mas seductor
 Y de mas bella figura.

En cuanto á su carácter casi todas las opiniones se hallan encontradas, ha-

ciéndole unos autor de todos los bienes, y otros de todos los males, segun los bienes ó males que de él han recibido: yo sigo esta última opinion; y perdone V., Emilia, pues V. tiene la culpa de que no siga la primera.

Estas dos opiniones sin duda dieron lugar á la idea que los antiguos formaron de dos Amores opuestos *. Segun ellos, el uno presidia al deleite, y el otro al sentimiento.

El primero al instante marchita
Del placer la semilla naciente,
Obligando á Títon ** imprudente
A buscar la rugosa vejez.

El segundo al mortal comunica
El divino y recóndito fuego,
Que no quita jamas el sosiego,
Y su llama no cesa de arder.

Por Emilia mi seno conoce
Esta llama tan plácida y pura,
Ese fuego que nunca se apura
Y que sabe su vista inflamar.

Este fuego divino respiro:
En mi seno ve preparada
El altar de la llama sagrada,
Y mi Emilia será la vestal.

* Llamaban al Amor virtuoso *Eros*; y al opuesto *Anteros*. A este último se le tenia por hijo de *Venus* y *Marte*.

** Títon envejeció en los brazos de *Aurora*.
Carta XXXIII.

El nacimiento del Amor ha dado márgen á muchos mas errores y sistemas que los originados por su carácter y atributos.

Aristófanes cuenta que la Noche, fecundada por Céfiro, puso un huevo que empolló bajo sus negras alas, y de él nació Cupido.

Platon refiere que en el banquete celeste con que los dioses celebraron el nacimiento de Venus, se embriagó Porus, dios de la abundancia, con el nectar divino, y, paseándose por los jardines de Júpiter, encontró á Penia, diosa de la pobreza, que habia venido con el fin de recoger los restos de la comida, y haciéndola madre de Cupido, Venus le adoptó despues por hijo.

Safo le cree hijo del Cielo y de la Tierra; Alceo de el Aire y de la Discordia, y otros muchos de Céfiro y Flora: en fin, no hay contratista enriquecido sobre cuyo origen se puedan citar mas textos. Algunos profanos se han atrevido á sostener que el Amor ni es dios ni rey. Si semejante error se hubiese acreditado, mi amiga podria

hoy día disiparle,

Pues desde que el dios alado
Elegió para mansion
Tu sensible corazon,
No dudo que ha recobrado
Su cetro y dominacion.

En tu divina presencia
Vemos todos su poder,
Y tu virtud y prudencia
Obligan á conceder
Su divina descendencia.



CARTA XXXVIII.**HEBÉ Y EL AMOR.**

Si es cierto que existen caprichos amables, serán sin disputa los caprichos del Amor.

Es amable cuando llora,
Si se rie nos consuela,
Se le llama cuando vuela,
Y si viene se le adora.

Es un impostor amable,
Que nació para engañar;
Seduca con su mirar
Y con su ceño agradable.

En sus enredos cruél
Nos hiere con sus halagos,
Y sin temer sus estragos
Queremos jugar con él.

Voy á citar á V. un rasgo por el que conocerá que no siempre sus enredos son juegos de niño. Aun era Cupido bastante jóven cuando emprendió con Hebé, su compañera, el viaje á Pafos, donde Venus tenia un magnifico templo. Des-

pues que hubo estudiado allí las artes y ciencias,

Este dios inconstante,
 Cuyos gustos varian cada instante,
 Concibió la manía
 De explicar la sutil Geografía.
 En Pafos se fijó, y presuroso
 Delineó sobre mármol muy lustroso,
 Con azul muy subido,
 Los países del orbe conocido.
 Hebé; su compañera,
 Auxilió su proyecto placentera,
 Tomando á su cuidado
 El globo por Cupido modelado:
 El Amor en la cátedra explicaba;
 Y la diosa al oyente demostraba
 Los puntos cardinales,
 Las montañas, los lagos y canales.
 La diosa á breve rato
 Se cansó de trabajo tan ingrato;
 Mas Cupido, con arte,
 Por el mismo ecuador la esfera parte,
 Y despues, con semblante muy sereno,
 A Hebé clavó los globos en el seno:
 Así ya no pesaba,
 Y el uno al otro antípoda miraba.
 Un dia Flora bella,
 Discipula de Amor, jóven doncella,
 Tocó, no sin su miedo,
 Los Polos de la tierra con el dedo,
 Y brotaron entonces presurosos
 Dos botones de rosa muy preciosos,
 Con tan bellós colores
 Que dejaban atras los de las flores.
 La diosa placentera
 Los gastó como adorno la primera,

tao
 se
 gu
 me

Y hasta el mismo Cupido,
 Al mirarlos, quedaba sorprendido.
 Un adorno tan lindo y tan brillante
 Progresó con la moda en un instante;
 Y en la corte celeste
 De botones y globos hubo peste.

Las deidades, celosas,
 Y de ajar sus botones temerosas,
 El *mapamundi* bello
 Cubrian con la gasa y el cabello.
 Cefiro bajo el velo se ocultaba,
 Y los bellos botones halagaba,
 Y aun á veces, travieso,
 Levantaba la gasa con exceso.

El adorno divino
 A ser moda tambien al mundo vino;
 Porque siempre Natura
 Imitó de las diosas la hermosura.
 Mas aquestos adornos soberanos,
 Que la jóven, estando muy lozanos,
 En tanto grado aprecia,
 En rugosa vejez ya los desprecia.

El cariño materno
 Abandona despues el globo tierno
 Al hijo idolatrado,
 Segun Naturaleza lo ha mandado.
 Entonces ya descuida los primores,
 Juguetes de la edad y los amores,
 Que con tanto decoro
 Guardó en su juventud como tesoro.

Esta ingeniosa invencion, cuyas imitaciones han sido tan multiplicadas, no se halla consignada en la historia antigua; pero ha llegado á nosotros por medio de la tradicion, cuya veracidad,

despues de tantos siglos, se halla apoyada en una experiencia tan feliz como constante. Invito á V. á que la dé crédito , tanto mas cuanto nadie menos que V. se halla en estado de contradecirla ;

Pues si negára el problema ,
 Nos prestaria su seno
 Un argumento muy bueno
 Para probar el sistema.



CARTA XXXIX.

SEMELE Y ARIADNA.

Ya hacía tiempo que Venus buscaba una ocasion oportuna para reconciliar á Júpiter con su hijo, cuando el Destino se la proporcionó con motivo de las bodas de Thetis y Peleo, á las que se hallaba convidada toda la corte celeste, excepto la Discordia.

Venus, aprovechándose de esta circunstancia, se fué en busca de Thetis, y le dijo: «Cupido ha sido proscrito desde su nacimiento por Júpiter: hoy puedes alcanzar cuanto pidas; obten su perdón, y cuenta con su reconocimiento.

- »Reinarán en tu plácido himeneo
- »Los placeres, las risas y el recreo;
- »Se pasará veloz el largo día,
- »Caminará la noche mas tardía,
- »Y, accediendo por fin á lo que pido,
- »La corte celestial verá á Cupido,
- »Desnudo del carácter inhumano,
- »Asistir á un enlace cortesano.»

Thetis prometió su intercesion á Venus, y esta, para apoyarla, marchó á so-

licitar el auxilio de Juno, á quien dijo:

« Si presentas al Amor
 » En la corte soberana,
 » En premio de tal favor
 » Él hará que una semana
 » Sea Júpiter Tonante
 » Fiel esposo y tierno amante.»

Juno, ambicionando el ver tan raro fenómeno, dió palabra á Venus de interponer su valimiento.

El Olimpo ya se hallaba reunido, cuando el Amor, conduciendo á Thetis de la mano, apareció en el templo de Himeneo. En su rostro llevaba impreso ese candor infantil é ingénuo mirar que tanto aprecian los corazones: se sonrió, y fué amado. El Himeneo, deseoso de entablar amistad con este amable extranjero, le propuso una asociacion; pero su trato é intimidad se resintió en breve por la oposicion de sus caractéres. El del uno es ardiente, el del otro apagado: asi es que los amantes temblaron, y con razon, al verlos reunidos. En efecto,

Es natural, segun creo,
 Temple la llama de Amor
 El apagado Himeneo:
 Unido el frio al calor
 Pierde el fuego su viveza,
 Y ¿ qué resulta? — Tibieza.

Mas, sea lo que fuere, Juno y Thetis presentaron el Amor á Júpiter, y obtuvieron su perdon. El niño voló á las plantas de Jove y le acarició: mas ya se sabe que sus halagos son heridas, y casi todas las diosas fueron traspasadas á un mismo tiempo. La conversacion y las miradas se animaron; y habiéndose encontrado los ojos de Venus con los de Baco, ya no se bajaron mas.

Éste dios, expuesto hacia tiempo á la cólera de Juno, acababa por fin de reconciliarse con ella, y asistia por primera vez al banquete celeste. Ademas de sus cualidades reales, reunia para con las diosas el mayor de todos los méritos, cual era el de la novedad. La curiosidad le acechaba, y ya debe V. presumir que se veria acosado de preguntas, á las que era forzoso contestar, pues si

El Amor al mudo inspira
Y por señas le hace hablar,
¿Cómo Baco ha de callar
Si preguntado se mira?

Baco contestó por consiguiente en estos términos: Ya sabeis, oh diosa, que debo el ser á Semele, hija de Cadmo,

hermano de Europa, la que ha dado su nombre á la parte mas bella del universo. Gozaba mi madre de aquella edad en que hasta la fealdad brilla á impulso de los encantos juveniles: juzgad cuál seria la brillantez que su hermosura despedia! El mismo Júpiter fué deslumbrado con sus rayos, y el resplandor penetró desde los ojos al corazon. Se transformó inmediatamente en la figura y lozanía de un adolescente, se presentó, y fué amado; pues si bien al principio resistió por algun tiempo el pudor de Semele al Amor, cedió finalmente á la vanidad. El amante, mal acogido por primera vez, y rechazado despues, la declaró que era el soberano de los dioses, y entonces una mirada complaciente le llamó, sintiendo Semele á poco tiempo los efectos de la maternidad.

Ignoro, bella Juno, quién pudo instruir de tan misterioso acontecimiento; pero la venganza fué terrible. Os dirijisteis en busca de mi madre bajo las formas de Beroe, su nodriza, y, dándola el beso mujeril, la dijisteis:

¿Quién robar, cara jóven, ha podido
De tus rosas el bello colorido?

Tus labios, otro tiempo carminados,
 Hoy parecen cogollos deshojados.....
 ¡Ah! dime sin recelo,
 ¿Ha sido por ventura el picaruelo?

— ¿Quién? preguntó mi madre sonrojada.

— Ese jóven hermoso,
 Cuyos ojos, sonrisa y grato acento
 Inspiran el contento,
 Y turbó en pocos dias tu reposo.
 Nada quiero saber: mas, si te agrada,
 Confiesa la verdad, seré callada.

— Nada tengo que confiaros, contestó Semele, pues nada ha sucedido.

— ¡Nada, dices al fin! ¿podré creerlo?
 Pues ¿quién ha marchitado tu belleza?
 Tu confusion, tu llanto, y la tristeza
 Ayudan demasiado á conocerlo.
 Tu cintura no ajusta..... ni el vestido.....
 ¡Ay Semele! tu mal he conocido.

A estas palabras solo respondió mi madre con sus lágrimas, dejándose caer en los brazos de la fingida Beroe, la que, figurando consolarla, prosiguió:

¡Ah jóven infeliz! calma tu llanto;
 La juventud es débil, peligrosa,
 Y de ver tu flaqueza no me espanto.
 Tu triste situacion es bien penosa;
 ¡Si conocer pudiera al insolente,
 O al menos su familia poderosa!

— Vos la respetaríais. — Ciertamente ;
El malvado impostor te ha ennoblecido :

¿ Si será de Saturno descendiente ?

— Decís una verdad. — ¿ Pues quién ha sido ?

— El poderoso Jove. — ¿ Y tu cordura
Tan infame ficcion habrá creído ?

¿ A los dioses conoces por ventura ?

¿ El orgullo celeste y altanero
Es capaz de tan pérfida impostura ?

Pero di, ¿ quién ha sido el embustero ?

— Él mismo lo juró. — ¿ Traicion impía !

¿ Burlar así tu corazón sincero !

¿ Un Júpiter sin barbas ! — Madre mia,
Si no fuere Jovino Omnipotente,
El dios de la ventura ser debía,
Segun su rostro bello y complaciente.

Pues bien, añadió la pérfida nodriza ;
para cerciorarte de su divinidad mándale
que se presente á tu vista con todo
el esplendor de su poder. Esta proposicion
halagó la vanidad de Semele, y
se lo propuso á su amante : en vano la
manifestó Júpiter que en ello la iba la
vida, pues mi madre le respondió :

Si por la llama ardiente

De tu trono de luz resplandeciente

Mi cuerpo es abrasado,

Se verá mi deseo compensado ;

Lograré, con la gracia que te imploro,

Espirar en los brazos del que adoro.

Júpiter, demasiado dócil, no pudiendo
resistir á sus deseos, se apareció

entre resplandecientes nubes, con el cetro en una mano y el rayo en la otra. Semele, embriagada de gloria y amor, extendió sus brazos y se arrojó en los de Jove; pero apenas sus labios tocaron los de su amante, ya el rayo fogoso la habia consumido. Su alma, sollozando, se dirigió al Eliseo: Juno se sonrió de placer, y Júpiter, vertiendo amargas lágrimas, me recogió de entre las cenizas de mi madre, y, colocándome en su muslo, me condujo en él hasta el término de mi nacimiento. Entonces Mercurio me confió en secreto á las ninfas de la montaña de Nisa, diciéndolas:

«Educad con cuidado

»Este niño infeliz y misterioso,

»Que huérfano ha quedado

»Aun antes de nacer; y que, dichoso,

»Al verse de sus ayas protegido,

»Ignore que su madre ha perecido.»

La encontré en efecto al lado de estas fieles nodrizas, y en recompensa de sus cuidados brillan hoy dia en medio de los astros bajo el nombre de las *Hyades*.

Al salir de sus manos tuve por preceptor al buen Sileno, el cual siempre estaba montado en su asno, y me dió

las primeras lecciones de equitacion.

El carácter de Sileno
 Fué muy bueno,
 Aunque bebia sin tino
 Mucho vino.
 Siempre contento y risueño,
 Con el vaso preparado,
 A risa hubiera excitado
 Al de mas adusto ceño.
 Nunca en él hubo mudanza,
 Ni la pena le aquejaba:
 Si por chanza
 Una Bacante
 Su semblante
 Le pintaba
 Con la bez de los licores,
 En su perpetuo reposo
 Vivía siempre gozoso
 Con su vino y sus amores.

Las ninfas y los pastores
 Bebedores,
 Y la tropa de Silvanos
 Campechanos
 Las canciones repelia
 De su principe querido,
 Y con algazara y ruido
 Se cantaba y se bebia.
 El festin grato y ameno
 Solamente se ordenaba
 Por Sileno;
 Y la tropa
 Con la copa
 Le brindaba.

En seguida los Silvanos
 Colocaban prontamente
 Sobre un corcel eminente
 Al mejor de los humanos.

Formado con las lecciones de tan buen maestro, resolví desde mi juventud seguir las pisadas de los antiguos héroes, y sobrepujar la gloria de los mas ilustres conquistadores. Pero las ideas de conquista que habia recibido de Sileno nada tenian de sanguinarias: aspiraba solamente á proporcionar la felicidad al género humano, y de ningun modo la esclavitud; asi es que los pueblos que se libertasen de mi yugo, habian de envidiar la suerte de los vencidos.

Concebido mi plan, partí á la cabeza de una armada considerable.

Las Dríades, con tirsos en la mano,
 La marcha dirigian,
 Y las tropas alegres de Silvano
 En pos de ellas séguian,
 Arrastrando gazosas por la tierra,
 En lugar de las máquinas de guerra,
 Mil barricas, toneles y pellejos
 Repletos de los vinos mas añejos.
 Al Furor y la Gloria reemplazaban
 El Amor y Locura,
 Cuyas sienés los tirsos coronaban;
 Y cuando en la llanura
 El tambor hacer alto prevenia,
 El ejército real se detenia:
 Cada cual conversaba con su bota,
 Y contento seguia su derrota.

Yo caminaba sentado en mi carroza,

tirada por dos tígres; un tirso me servía de cetro, y los pámpanos formaban mi diadema. Bien pronto anunció la Fama á los pueblos de la India que un hijo de Júpiter se dirigía á conquistarlos; y estos pueblos, creyéndome poseedor del rayo celeste, no aguardaron mi llegada; pero vueltos en sí de su primer espanto, corrieron todos en tropel á prosternarse á los pies de su nuevo soberano. Entonces, en vez de exigir de ellos tributos y homenaje, les dije:

Cultivad esos campos y vallados,
Al ocio abandonados;
Coronad vuestras fértiles campiñas
De placenteras viñas,
Y los valles, cubiertos de mil flores,
Ocupen los rebaños y pastores.

Fertilizar el monte y valle inculto
Son mis leyes y culto.
Detesto los horrores de Belona;
De tallo es mi corona:
Del hombre respetando los derechos,
Solo quiero mandar en vuestros pechos.

El cetro no arrebató de las manos
A vuestros soberanos,
Exijo nada mas el juramento
De la paz y contento.
Brinden al vencedor los bebédores,
Que prefiere la paz á los horrores.

En poco tiempo todos los pueblos

vecinos se sujetaron á mis leyes; todas las ciudades me abrian sus puertas, y por mis victorias contaba mis dias. Finalmente, despues que concluí la conquista de la Arcadia, de la Siria y de las otras provincias de la India, me despedí de mis nuevos vasallos, diciéndoles:

Los reinos os confio conquistados,
Y sean por vosotros gobernados.
Otros conquistadores mas sangrientos
Se valdrian de medios mas violentos:
Yo, para sujetar los corazones,
Me valgo solamente de razones.

Atravesé despues triunfante estas bellas comarcas, donde á cada paso encontraba los monumentos apacibles de mis victorias. Veía las mieses dorar los campos fertilizados; á los rebaños paciendo por las praderas; á las colinas cubiertas con los frutos y la verdura de los árboles y cepas; y comparando estas campiñas con aquellas en que tantos conquistadores han adquirido una gloria bien cruel, me decia con secreto gozo:

Esta fértil llanura
Con sangre nó ha regado
Un pueblo conquistado
A fuerza de dulzura.

De Ceres el acero
 Tan solo ha conocido;
 Sus aguas ha teñido
 Mi nectar hechicero.

Me embarqué finalmente, llevando conmigo el recuerdo y amor de los pueblos que habia conquistado. El verde pámpano coronaba mis navíos; la parra se entrelazaba por entre los mástiles y cuerdas, haciendo ostentacion de sus dorados racimos. Los marineros exprimian el nectar, cantando los placeres de la vendimia: las ninfas de Anfitrite, atraidas por sus cánticos, rodeaban las naves, enseñando por entre las olas su seno de azucena, y sus brazos mas blancos que el alabastro. Los cefirillos, batiendo sus alas, acariciaban los tesoros de las ninfas, y con su suave aliento nos hacian vogar tranquilamente por la líquida llanura.

Bien pronto descubrimos la isla de Naxos cual nube sobre el horizonte: á poco rato nos pareció que sus peñascos salian del fondo de las aguas; y los viejos árboles que la coronaban parecia que elevaban sus cabezas majestuosas á medida que nos acercábamos á sus ri-

beras. Resolví detenerme en esta isla, y aunque la encontré desierta, no sé qué encanto secreto me inspiraba su soledad. Una voz parecia que me clamaba interiormente:

¿Quién tus pasos ha guiado,
Llevándote á la victoria?

La Gloria.

Pues tu corazón helado

Aquí sentirá el ardor

Del Amor.

Abandonado á tan dulce ilusion, me extravié en aquel desierto encantado: se me figuró que oía suspirar al Eco: cuanto mas caminaba, tanto mas tiernos y melancólicos me parecian sus acentos: llegué de este modo al pie de un peñasco, contra el que se estrellaban las espumosas olas del mar. Estaban los lados de la peña éntreabiertos, y figuraban la entrada de una gruta, cuya puerta circundaban negros cipreses, y del fondo de esta silvestre caverna salia una voz lastimera que pronunciaba estas tristes palabras:

¡Asi te portas, malvado,
Con la jóven que te amaba,
Y que todo lo dejaba
Por encontrarse á tu lado!

¡El que me debe la vida
Asi me deja y olvida
Condenándome á la muerte!
¿Soy por ventura culpable?

Si toda la jóven que adora es amable,
¿Por qué me abandonas, ingrato, á la suerte?

Si mis continuados llantos
Han ajado mi belleza,
Tú causaste mi tristeza,
Mis sollozos y quebrantos.
Vuelve, temple mi amargura,
Recobraré mi hermosura;
No me condenes á muerte,
¿Soy por ventura culpable?

Si toda la jóven que adora es amable,
¿Por qué me abandonas, ingrato, á la suerte?

¡Si la esperanza tuviera
De abrazarte todavía!
Si en mi postrer agonía
Entre mis brazos te viera
Consolándome lloroso
En aquel lance penoso,
No temería la muerte.

¿Soy por ventura culpable?

Si toda la jóven que adora es amable,
¿Por qué me abandonas, ingrato, á la suerte?

Adios, mortal inconstante:
Sin poder aborrecerte,
Solo me es dado quererte,
Y siempre seré tu amante:
En mis últimos momentos
Te nombrarán mis acentos.
Mas ya me llama la muerte.

¿Soy por ventura culpable?

Si toda la jóven que adora es amable,
¿Por qué me abandonas, ingrato, á la suerte?

Al concluir estas palabras ví salir de

la gruta una mujer, pálido el semblante y desmelenado el cabello, que dirigia sus pasos hácia las olas; pero mas veloz que un rayo me presenté á su vista y la contuve en mis brazos. El dolor la habia abatido, y el espanto la dominaba; dió un grito penetrante, me miró, y cayó desmayada. Excuso decir si estaba interesante: baste decir que lloraba, y que, enjugando sus lágrimas, sentia correr las mias, embriagado de un amargo deleite. Al fin abrió sus ojos amortiguados, y, dirigiéndome una tierna y dolorosa mirada, me dijo:

Oh tú, que te interesas por mi suerte;
Si sabes el martirio prolongado
Que sufre un corazón abandonado,
Déjame, por piedad; quiero la muerte.

Estos acentos causaron en mis sentidos un gozo inexplicable. Mi corazón palpitaba sintiendo latir el de la desventurada jóven, y mis brazos temblaban sosteniendo tan dulce carga....'

Al llegar aqui le interrumpió Venus con displicente sonrisa, exclamando:

¡Qué crítico momento! ya parece
Que Baco desfallece:
Hebé sirve la copa deleitable
Al vencedor amable.

Hebé se acercó avergonzada, y sin levantar los ojos del suelo sirvió el nectar divino á todos los concurrentes. Baco, distraído, la presenta su copa, la mira, y suspirando en seguida suspende su narracion.

Asi muchas veces, de Emilia quejoso,
Mis labios la dicen los vivos dolores
Que sufre mi pecho, por ella lloroso;
Mas cuando esperaba calmar sus rigores,
La copa me sirve del nectar sabroso,
Creyendo con ella templar mis ardores.
Mis llantos se ahogan, Emilia suspira,
Y en tanto que bebo, risueña me mira.

C A R T A X L.

N I S O Y S C I L A . T E S E O .

¡Hay cosa mas extraña que los celos!

Si cuento de mi infancia los amores

A la jóven Dorila, sus colores

Me dicen su inquietud y sus recelos.

Yo me quiero callar, ella se apura,

Y ruega que prosiga.... ¡qué locura!

¿No te causa, Dorila, sentimiento

Escuchar los amores que te cuento?

— ¡A mi, por qué razon? dice al instante.

— Como veo turbado tu semblante.....

— Es verdad, tus acentos me traspasan,

Me consumen, me afligen y me abrasan.

— Entonces, callaré. — ¡Ah, no, malvado!

Prosigue, ya te escucho sin cuidado.

En este mismo tono, poco mas ó menos, dijo Venus á Baco, mordiendo los labios: Vaya, sepamos en lo que paró nuestra amable desconocida; y Baco prosiguió de esta manera:

‘Nos hallábamos sentados en la playa: en mi seno reposaba su cabeza, y sus ojos abatidos se fijaban en los míos con interesante melancolía. Despues de un largo silencio la dije suspirando:

Tu corazón traspasado
 Con el dardo del Amor,
 Lloro y gime de dolor;
 Mas ¿no puede ser curado?
 ¡Ah! permite que á tu lado
 Alivie tu desventura
 Con mi cariño y dulzura;
 Que si no logro aliviarte,
 Yo prometo abandonarte
 A tu suerte y amargura.

¡Oh tú, ser compasivo, á quien tan tierno interés te inspira mi suerte! me respondió, ¿qué dirías de un hombre, salvado por su amante de una muerte espantosa é inevitable, y conducido por ella misma á una isla desierta, asilo de su ternura y seguridad, que, sin atender al sacrificio que le habia hecho su bienhechora de su honor, fortuna y elevada clase, espíase el momento en que, reposada á su lado bajo la salvaguardia del Amor é Himeneo, se pudiera escapar en aquel mismo navío en que le habia salvado, y la abandonase dejándola sola en el desierto, sin otra compañía que su desesperacion? — Seria un pérfido! exclamé, y la infeliz muy desgraciada. — Pues bien, me replicó, el pérfido es Teseo, y Ariadna la desgraciada. Ahora estás viendo á la hija del sa-

bio rey Minos, que dicta leyes en Creta: mas ¡ah! mi desventura me la atrajo un encadenamiento extraño de crueldades y perfidias.

Habiendo mi hermano Androgeo vencido en la lucha á los habitantes de Atenas y Megara, fué luego víctima de estos infames que, envidiosos de su gloria, le asesinaron. Desesperado Minos con tan cruel noticia, juró la muerte de los asesinos de su hijo, y, partiendo á la cabeza de su ejército, puso sitio á Megara. Ya sabrás que Apolo habia edificado sus muros, y que durante su trabajo habia dejado reposar su lira sobre las piedras, las cuales habiendo contraido su dulce armonía, prorumpian en sonidos melodiosos apenas se las tocaba. Scila, hija de Niso, rey de Megara, tenia placer en escuchar tan divinos acordes, y aun durante el sitio de esta ciudad iba con frecuencia á sus murallas. Desde ellas alcanzó á ver en las llanuras al rey Minos á la cabeza de sus guerreros. Mi padre poseía no solo la sabiduria de los dioses, sino tambien su semejanza y perfecciones: al verle Scila sintió nacer en su pecho una pasión in-

dómita, á la que sacrificó todos los sentimientos del honor y de la naturaleza. La toma de la ciudad sitiada dependia de la posesion de un cabello de color de púrpura que Niso tenia en la cabeza: Scila se le cortó mientras dormia, y se le llevó á mi padre como una prueba de su ternura. Pero Minos, indignado con semejante traicion, abandonó la hija de Niso á su vergüenza y remordimientos. Se asegura que despues de la toma de Megara fué trasformada Scila en alondra, y Niso en gavilan, bajo cuya forma aun persigue á la pérfida que le ha vendido.

Temerosa Atenas entretanto de sufrir la misma suerte que Megara, pidió la paz. Mi padre se la concedió; pero imponiéndola una condicion tan cruel, que los dioses sin duda quieren vengar hoy dia en la desgraciada Ariadna su ferocidad. Exigió que por espacio de nueve años consecutivos le enviasen los atenienses anualmente siete jóvenes en la flor de su edad, y otras tantas doncellas, para que sirvieran de pasto al Minotauro, que habitaba el laberinto.

Este inmenso edificio, obra maes-

tra del ingenioso Dédalo, contenia una infinidad de circuitos fabricados con pérfida destreza.

Al corazon infiel se parecia,
Cuyas vueltas ignora la inocencia;
Entrar sin conocerle es imprudencia;
Quien dentro penetraba, se perdía.

En el centro de esta mansion fatal habitaba el Minotauro, cuyo monstruo, medio toro, medio hombre, devoraba á los infelices que Minos encerraba en el laberinto.

Ya por tercera vez nos enviaban los atenienses el funesto tributo, y, recostada en el puerto, consideraba en silencio el enlutado navío que lentamente se aproximaba á la playa. Llegó por fin, y ví salir las víctimas desgraciadas: las doncellas rompian la marcha, con el semblante pálido y los ojos inclinados al suelo; pero no lloraban, pues sus lágrimas se habian agotado al separarse de sus madres. Venian detras los jóvenes cautivos cargados de cadenas, y con el rostro abatido. Uno solo elevaba su frente, y con su noble y fiera mirada parecia querer desafiar á la fortuna. El alma de los héroes comunica cierta

grandeza á todo cuanto les rodea, y yo, sintiéndome á su vista elevar sobre mí misma, resolví desde luego socorrerle. Aproveché un momento en que le podia hablar sin ser oida, y con una sorpresa, mezclada con otros mil sentimientos, reconocí en este jóven desventurado al ilustre Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas. Supe con admiracion que, á pesar de su ilustre origen, habia querido ser una de las victimas destinadas al Minotauro, con el fin de matar al monstruo ó de perecer con sus conciudadanos. Su valor, su juventud, sus célebres hazañas y la ilustre sangre de Pelope, de quien descendia por su madre, todo me inspiró para con él un sentimiento..... acaso demasiado tierno. Prometí salvarle aunque peligrase mi vida, y él juró unir su suerte á la mia, si salia vencedor. Mas ah!

Un héroe creí que no mentia,
Y que odiaba la pérfida inconstancia,
Caminando tan solo en compañía
De la Gloria, el Amor y la Constancia.

Considerando como esposo mio á Teseo desde este momento, le armé yo misma para que combatiese con el

monstruo. Le até un hilo á su cintura, reteniendo el resto en mi poder para que le sirviera de guia al salir del laberinto. Le vi entrar en él á la cabeza de sus compañeros, que parecian conducidos al sepulcro, y Teseo únicamente manifestaba marchar en busca de la victoria.

Temblando á la puerta del laberinto, tan solo atendia al ruido de sus pisadas y al movimiento del hilo que le conducia. Oigo á breve rato los espantosos bramidos del Minotauro, y me estremezco: el hilo se agitaba en mis manos, indicándome todos los movimientos de Teseo: le sentia combatir, retroceder, acometer, perseguir, cuando repentinamente el hilo se queda inmóvil, y el ruido cesa. ¿Habrà sido Teseo vencedor, ó vencido? ¿Qué dura alternativa!.... pero se me figura que siento un movimiento imperceptible; creo que se oyen gritos lejanos..... ¿si será ilusion?.... Espero, tiemblo, me estremezco, y mi corazon palpita..... mi sangre unas veces se enardece y otras se hiela. Vuelvo á escuchar, y ya no me queda duda..... sí, él es. Los gritos se renue-

van..... ¿si los originará el gozo ó la desesperacion? ¿Por qué mi corazon no distingue los acentos que desea? Pero el ruido se acerca.... ah! son los cánticos de la victoria. El hilo nuevamente se agita, conozco la vuelta de mi esposo, oigo sus pisadas, le distingo á lo lejos; viene como vencedor, me tiende sus brazos, vuela, y se arroja en los mios.

En tan gratos instantes de dulzura
 Ni suspiros se escuchan ni lamentos;
 El exceso del goce y la ternura
 Interrumpen del alma los acentos.
 ¿Si pudiese explicarte la ventura
 De tan dulces y plácidos momentos!....
 Ah! quiera el alto Júpiter un dia
 Hacerte conocer tanta alegría!

Teseo, fijando con ternura sus ojos en los mios, y rodeado de las víctimas que habia salvado de los furores del Minotauro, parecia jurarme eterno reconocimiento. La enorme cabeza del monstruo tendida á nuestros pies, y tiñendo el suelo con su negra sangre, aun inspiraba terror á los compañeros de Teseo. En este instante, fingiendo que deseaba evitar al vencedor otros nuevos cuidados, le conduje por extraviadas sendas á la orilla del mar, donde nos

aguardaba un navío preparado por mis órdenes. Nos embarcamos inmediatamente, y los vientos nos condujeron á esta isla fatal. Su soledad, los arroyos que en ella serpentean, y las flores y cespéd que la coronan, nos la hicieron mirar como un digno retiro de los verdaderos amantes.

¡Qué dias tan felices esperaba

Gozar en este sitio delicioso!

¡Qué deleites el pecho imaginaba

Disfrutar con mis hijos y mi esposo!

Mas, ah! el inocente se engañaba,

Fiando á los amores su reposo:

Despues que la ilusion se desvanece

¡Cuán triste el desengaño nos parece!

Sobre el verde musgo que entapiza esta gruta me encontraba dormida al lado de Teseo;

Y del sueño gozando las delicias,

Con placer esperaba

Que el Amor, que mis párpados cerraba,

Los abriese despues con sus caricias.

Pero, ¡vana esperanza! Despierto, y mis ojos, todavía cargados de adormideras, se dirigen al sitio en que dejé á mi esposo: mis brazos se tienden hácia él y mi boca busca la suya..... habia desaparecido. En vano le llamo; confusa

y estremecida salgo de la gruta, recorro el bosque, y, sin asustarme los peñascos ni detenerme los precipicios, á cuantos objetos se presentan les pregunto por mi esposo; pero el Eco solamente me responde suspirando. De dolor y cansancio abrumada finalmente me recosté á orillas de la playa, repitiendo el nombre de Teseo; y entonces, dirigiendo mi vista á lo lejos de las olas, ví al ingrato huirse en el mismo navio en que le habia salvado..... Lo demas, ya lo sabes.

A estas palabras, continuó Baco, vertió Ariadna nuevas lágrimas....— Que tú enjugarias, replicó Venus.

— Ya lo dijisteis vos. — Y segun creo,
 Tu corazon al suyo propondria
 Un remedio que al punto aceptaria.
 — Y que hizo legitimo Himeneo.

Al desposarme con Ariadna la ceñí esa corona inmortal, obra maestra de Vulcano, que brilla entre los astros * desde que la Parca me robó á mi querida esposa.

* La corona de Ariadna fué trasformada en constelacion.

Perdonad si suspira un fiel amante
 Que vivió doce lustros con su amada
 Sin faltar de su lado ni un instante ;
 Y á su cariño fiel... — No digas nada,
 Que bastante nos dicen tus dolores.
 — Mi alma vivió siempre enamorada.
 — Si, pero ya volaron tus amores.
 — Amistad los siguió. — Pero de lejos:
 Son Amor y Amistad como las flores,
 Que sintiendo del fuego los reflejos
 Ostentan lozania, y palidece
 Su verdor cuando llegan á ser viejos.
 — Si, mas el corazon nunca envejece.

De este modo la disputa se acaloró,
 y los dioses y diosas tomaron partido,
 los unos por Cipse y los otros por Baco.
 Yo le hubiera tomado por este último:
 estoy convencido, y aun me atreveria á
 á hacer con Emilia la prueba de esta
 verdad ;

Pues si dos fieles amantes,
 Siempre tiernos y constantes,
 Han cogido, en sus verdores,
 Las rosas y bellas flores
 Que brotára su ternura ;
 Y en edad sana y madura
 Recogieron cuidadosos
 Frutos dulces y sabrosos ;
 Despues que al invierno helado
 Les lleve la edad ligera,
 ¿ No han de gozar con agrado
 Los frutos que ha sazonado
 Amor y Amistad sincera ?

CARTA XLI.
ERIGONE, ICARIO.

Apreciable Emilia, frecuentemente se la previene á V. contra la fidelidad de los maridos,

Y ya deberá saber

Este refran tan oido:

Que pocos han conocido

Discrecion en la mujer

Y constancia en un marido.

Aventurada parece la asercion; mas sin embargo es cierta, con una ligera modificacion en la clase media; pues en esta

Aun existen ciertos seres,

Amantes de la edad pura,

Que aun conservan la locura

De adorar á sus mujeres.

No faltan á los deberes

De su bendecida union;

Ámanse de corazon,

Y encuentran sin duda alguna

El amor en su fortuna

Y la dicha en su rincon.

Ya conocerá V., Emilia, que esta

campesina felicidad no se hizo para los semi-dioses:

Pues sirve la mujer entre tal gente
De adorno solamente:

A veces para que haga los honores,

Otras para que ostente sus primores.

En paseo, en la mesa ó en la sala

Los días que la corte viste gala.

Si la jóven es bella y poderosa

Ya sirve para esposa,

Y merece tambien ser estimada.

La simple estimacion, sin costar nada,

Es un yugo decente y admitido

Que puede soportar cualquier marido.

Mas si fuese capaz su pensamiento

De un bajo sentimiento,

Por el uso y la moda reprobado,

Con razon se veria despreciado:

Pues si Amor busca jóvenes amables,

Himeneo los quiere razonables.

Voy á dar á V. una idea de esta fidelidad á la moda con el ejemplo de Baco.

Este fiel esposo de Ariadna, que á menudo se ausentaba para viajar, fué en cierta ocasion acogido en casa de Icario, donde se detuvo algun tiempo, no tanto por enseñar á su patron el arte de cultivar las viñas, cuanto por cultivar por sí mismo la amistad con su hija Erigone. Tendria esta jóven quince años,

Y su pecho, que ignoraba
 Lo que pasa por el mundo,
 Cual ignorante profundo
 Las virtudes practicaba.

Baco por lo tanto halló grandes obstáculos que se oponían á sus proyectos. En vano empleó con ella todos los recursos de la galantería: Erigone rehusaba oírle, ó fingía no entenderle. Al fin, después que el dios hubo tanteado por largo tiempo el modo de vencer esta plaza inexpugnable, descubrió el punto débil. Supo que Erigone gustaba mucho de las uvas, y que todas las tardes entraba á vendimiar furtivamente las viñas de su padre. Seguro entonces de la victoria, corre á la viña de Icarío, se coloca en el mismo camino que Erigone debe traer, y toma la figura de un dorado racimo pendiente de una cepa. Por sagaz que parezca semejante transformación

Yo prefiriera un desprecio
 A tan inicua maldad;
 Es bien triste, á la verdad,
 Para captarse el aprecio
 Necesitar de disfraz.

El racimo entretanto esperaba á Eri-

gone: llega esta, le mira, y al verle dá un grito de alegría y se apodera de él. Mas apenas hubo gustado los primeros granos, cuándo una embriaguez desconocida se apoderó de sus sentidos. Su pecho se enardece y agita; sus ardientes labios acarician al racimo fatal, le comprimen y devoran. ¡Oh dioses! exclama, ¡qué nectar tan abrasador! yo muero envenenada..... Tomando Baco á estas palabras su primitiva forma, la dice: No te aflijas, que ese veneno no es mortal: ámame, y te curaré. Entonces Erigone, bajando la vista, se avergüenza, suspira, y abandona su mano; pero ignoro si al médico ó al envenenador.

En tanto, habiéndose acercado el tiempo de la vendimia, convidó Icario á todos los pastores del territorio de Atenas: estos consumian el nectar de los dorados racimos al son de sus tonadas y rabeles. Icario, para refrescar sus fauces, les presentaba el jugo de la parra. Mas, por desgracia, los músicos de aquel tiempo no tenian la capacidad ni sangre fría que los de ahora; asi es que el nuevo nectar fermentó en sus

cabezas, y, como tenían tan mal vino, mataron á Icarío y le arrojaron en un pozo.

Apenas se hubo cometido este crimen, las esposas de los asesinos se sintieron acometidas de un trasporte de rabia y furor que nada le podia calmar. Consultado el oráculo, mandó que, para expiar el crimen de sus esposos, estableciesen fiestas en honor de Icarío. Estas fiestas se llamaron los *juegos Icaríenses*. Se celebraban balanceándose sobre una cuerda atada á dos árboles, y es lo que hoy día llamamos el columpio. Siempre que veo este ejercicio no puedo menos de recordar con placer la antigüedad de su origen.

¡Cuál palpita mi seno

Al encontrar en el jardín ameno

A Emilia encantadora,

Dando vueltas con Céforo y con Flora!

Mi vista de la cuerda no se aparta,

Ni de ver por los aires su hermosura

Se encuentra jamás harta.

Mas si Céforo muestra la finura

De sus pies delicados, si descubre

Las gracias que su velo nos encubre,

Entonces.... se retira con presteza,

Sin querer profanar tanta belleza,

Y se fija en el cielo

Para invocar á Icarío en su consuelo.

Quando este príncipe fué asesinado por sus huéspedes, llevaba en su compañía una perrita llamada Mera, la que no era conocida por las canciones, sonetos ó madrigales que los poetas de aquel tiempo la dedicasen, ni por los halagos que la hiciese en paseo el jóven sacerdote de Júpiter, ni por los entretenimientos espirituales que con ella tuviesen las señoritas en visita; pero adquirió justamente celebridad por su instinto y por la fidelidad para con su dueño. Apenas mataron á este, cuando se presentó en casa de Erigone, y, tirándola del vestido, la condujo al pozo en que los asesinos habian arrojado el cuerpo de su padre. Al verle se ahorcó Erigone desesperada: Mera murió de sentimiento, y los dioses los trasportaron al cielo. Icaro llegó á ser la constelacion de Bootes, Erigone el signo de la Virgen, y Mera el de la Canícula.

¿Y Baco? preguntará V. ¿se ahorcó por seguir á Erigone? — Nada de eso; eligió otro medio mas sencillo. Se encaminó en busca de Proserpina, esperando encontrar en su imperio la sombra de aquella por quien lloraba todavía.

Proserpina era un poco morena, pero disimulaba este defecto con otras mil gracias. Interesaba por su languidez, su dulce melancolía, y su mirar tierno y misterioso. Añada V. á todo esto que su palacio estaba solamente iluminado por los opacos resplandores de una luz debilitada; de modo que si bien el corazón no sentia desde luego los efectos de una pasión viva y repentina, se dejaba, no obstante, conducir á esa deleitosa melancolía, de la que jamas se quisieran ver privados los finos y apasionados amantes. Baco hizo esta feliz experiencia; pensó estar en casa de Proserpina un instante, y se detuvo tres años.

Entonces el rey Pluton

Se portó como debia,

Sabiendo cuanto valia

La cordura y discrecion.

A la mejor ocasion

Se marchó sin decir nada,

Dejando sola á su amada;

¿No se portó con primor?

Bien que cualquiera señor

Hace igual con su adorada.

Baco al fin se acordó de su esposa y marchó á buscarla; y para calmar sus recelos le dijo, que al entrar en casa de

Proserpina
 á la
 rida
 años
 rode
 teni
 dete
 capa
 quer

El
 La
 ; S
 Pa

reco
 de
 ama
 cari
 entr
 en
 terr

Proserpina se habia dormido: que atribuía este letargo ó bien al cansancio, ó á la pesadez del aire, ó bien á la oscuridad del sitio: que habia estado tres años dormido, hallándose al despertar rodeado de ninfas, con quienes habia tenido que bailar, y se empeñaban en detenerle; pero que al fin se habia escapado para volar á los brazos de su querida Ariadna.

Su esposa le creyó cuanto decia.
 El lenguaje de amor y de ternura,
 La paciencia, virtud y simpatia
 ¡Son tanto lo que valen!.... — ¡Qué locura!
 Para mí, sin la fe, nada valdria.

Con el tiempo encontró Ariadna la recompensa de la suya en la fidelidad de su esposo. En tanto que vivió fué amada, y Baco le dió pruebas de su cariño hasta su último suspiro; pues entre los esposos bien unidos se usan en cualquiera edad los testimonios de ternura.

Si del tiempo los hielos penetrantes
 Helaron con su frio los amores,
 Que lograron gozar en sus verdores
 Los esposos queridos y constantes
 Recordando los plácidos instantes
 Que debieron un dia á sus ardores,

Templarán de su frio los rigores
Las chispas del recuerdo centellantes.

Su prole contemplando reunida,
Verán en cada hijo un heredero
Que recuerde su época florida.

Asi, llena de gozo lisonjero,
Contará por sus hijos mi querida

Las delicias del tiempo placentero.



CARTA XLII.**BODAS DE TETIS Y PELÉO. PÁRIS.**

La narracion de los triunfos y amores de Baco habia despertado el genio conquistador de las diosas; y el banquete nupcial de Tetis y Peléo se habia convertido en un campo de batalla, en el que los encantos y la destreza se disputaban el terreno. La victoria balanceaba entre Juno, Venus y Minerva, cuando de repente, con ojos saltados, boca espumosa, erizado el cabello de serpiente, y conducida en sombría nube, apareció la Discordia, única deidad excluida del banquete, y, deseando vengar su afrenta, con pérfida sonrisa arrojó sobre la mesa una manzana de oro, que llevaba esta fatal inscripcion: *A la mas bella.*

Si la manzana dijera:

- A la mas inteligente,
- A la mujer mas prudente,
- A la menos altanera,
- A la mas fiel y sincera,
- O al mas casto corazon,

La corte sin desazon

La manzana partiria:

A la mas bella, decia,

Y se destruyó Ilion*.

Juno, Venus y Palas pretendian exclusivamente la manzana, y pidieron un juez imparcial. Entonces les dijo Minerva:

«A los muros de Pérgamo inmediato

»Apacienta su grey un pastorcillo

»Jóven, modesto, y de semblante grato,

»Cuyo buen corazon, franco y sencillo,

»Ni conoció de la mujer el trato,

»Ni de la corte el aparente brillo:

»Este pronunciará justa sentencia,

»Segun su natural inteligencia.»

Era este jóven pastor el hermoso Páris, hijo de Príamo rey de Ilion. Hécula, su madre, cuando le llevaba en el vientre soñó que habia de parir una antorcha que incendiaria toda el Asia. Consultado el oráculo, respondió: que la reina daria á luz un hijo que abrasaria su imperio. Amedrentado Príamo con semejante amenaza, encargó á uno de sus oficiales, llamado Arquelao, que

* En adelante se verá que esta manzana, arrojada por la Discordia, causó la ruina de Troya.

matase al niño apenas naciese. Hécuba misma aprobó esta sentencia, pero aun no era madre,

Que al nacer el caro infante
Comienza el amor materno,
Y la madre, en tal instante,
Antepone el hijo tierno
Al imperio mas brillante.

Hécuba no tardó en experimentarlo. A la vista de su hijo, el orgullo fué sacrificado, y la Naturaleza recobró sus derechos. Para desarmar á Arquelao se valió de aquellas poderosas miradas y lágrimas persuasivas de una madre, que aun no ha unido V. al poder de sus encantos. Disimúleme esta franqueza.

Mi corazon sensible
Bien conoce la fuerza irresistible
Que dentro de sus párpados abriga
La vista de mi amiga:
Mas ¿no fueran sus ojos imponentes
Mas bellos, persuasivos y elocuentes,
Si, encontrándose al lado
Del fruto de su amor idolatrado,
Temiese por su vida,
Y al mas leve peligro conmovida,
Acudiendo al socorro presurosa,
Derramase aquel llanto
Que ocasiona el quebranto
De una madre sensible y cariñosa?

Estas lágrimas triunfaron de Arque-
III. E

lao; el acero cayó de sus manos, y el lloro de la madre alcanzó el perdón para el hijo. Temiendo, sin embargo, Arquelao, faltar á sus deberes por cumplir con la humanidad, condujo el niño al monte Ida, dejándole abandonado en un parage solitario.

¡Feliz edad! El niño abandonado,
De sus crueles padres olvidado,
Proscrito el infeliz desde la cuna,
Sin ver en su inocencia, por fortuna,
El horrible peligro de su suerte,
Aguardaba risueño dura muerte.

En esta situación le encontraron los pastores del monte Ida. Su hermosura, su desgracia, los vestidos suntuosos que le cubrían, todo al fin les interesó, y adoptándole por hijo, se encargaron de su educación. El mas respetable de estos pastores, el que mas tierna amistad le profesaba, continuamente le felicitaba de la venturosa casualidad que, separándole de los tormentos de la fortuna y grandeza, habia confiado su infancia al asilo campestre de la inocencia y de la paz. Algunas veces este mismo anciano le sentaba sobre sus rodillas, y estrechándole entre sus trémulos brazos, decia:

Comienzas, hijo querido,
 La carrera de tu vida
 Por una senda florida
 Que pocos han conocido,
 Nadie turba todavía
 tu reposo,
 Ni desea el ambicioso
 tu alegría.

No conoces los ardores
 De la llama de Cupido,
 Que á tantos ha consumido;
 Ni apeteces los honores;
 Ni tu sana robustez
 Se asusta de la vejez.

Comienzas, hijo querido,
 La carrera de tu vida
 Por una senda florida
 Que pocos han conocido.

No quisiera ver turbado
 De tus años el reposo,
 Mas el dardo ponzoñoso
 Evita de Amor airado.
 No condenes al olvido
 tu inocencia,
 O serás por su elocuencia
 seducido.

Sin escuchar su lenguaje
 Huye luego con presteza,
 Para evitar la fiera
 De este buitres y el coraje.
 Huye siempre del Amor,
 Que en huir está el valor.

No quisiera ver turbado
 De tus años el reposo,
 Mas el dardo ponzoñoso
 Evita de Amor airado.

Manifiestas en tu frente
 La inocencia retratada;
 No ambiciones nunca nada
 Mas que tu dicha presente.
 Haz por ser en tu pobreza

virtuoso,
 Sin bajar al poderoso
 tu cabeza;

Que si fueres palaciego,
 Intrigante ó cortesano
 Turbará la oculta mano
 De calumnia tu sosiego.
 ¿Qué podrá la corte dar
 Sino llantos y pesar?

Manifiestas en tu frente
 La inocencia retratada;
 No ambiciones nunca nada
 Mas que tu dicha presente.

Cuando se hayan marchitado
 Tu belleza y lozanía,
 De feroz melancolía
 Te verás acompañado.
 Al recibir la existencia
 ya Natura

A dolorosa amargura
 nos sentencia.

En la vejez y en la cuna
 Son débiles los mortales;
 Si quieres calmar tus males
 Busca amigos, no fortuna.
 Trata al pobre con amor,
 Y á tus hijos sin rigor.

Estos apoyos un día
 Te harán menos desgraciado,
 Cuando se hayan marchitado
 Tu belleza y lozanía.

En breve tiempo llegó á ser Páris el mas célebre y bello de todos los pastores. La Naturaleza le recompensaba con su imperio, del que le habia privado la Fortuna.

Feliz en su destierro, dominaba
 En los bosques, las mieses y los prados,
 En las flores que el suelo sustentaba,
 En los montes, pastores y ganados,
 Subyugando tambien los corazones
 De las ninfas que oian sus canciones.

Alli vió con placer la vez primera
 A la jóven OEnon, tierna y hermosa.
 El príncipe sentado en la ribera,
 Inmediato á la ninfa cariñosa,
 Con ella trono y lecho compartía:
 El cespced de uno y otro les servia.

Páris vivia feliz ; pero la felicidad para ser durable quiere mantenerse oculta. La celebridad del pastor causó su desgracia juntamente con la de su esposa. Se presentó en los juegos públicos que Príamo habia mandado celebrar, y con su gentileza se atrajo todas las miradas. Hector, hijo mayor de Príamo, despues de haber vencido á todos sus contrarios, fué vencido por su desconocido hermano. Este triunfo interesó á toda la corte ; el rey hizo llamar al vencedor, y le reconoció por hijo suyo. Desde

este momento comenzó la fortuna de Páris y concluyó su felicidad. OEnon fué quien primero lo advirtió.

El orgullo, la moda y tibieza
 Al sencillo pastor halagaron,
 Y del lecho nupcial desterraron
 La constancia, ternura y amor.
 A la ninfa mostró la experiencia
 Lo que vale tener un marido
 En los usos de corte instruido
 Y que olvida su noble candor.

Toda la coquetería troyana declaró unánimemente á Páris por el jóven mas completo: las bellas se le robaban mutuamente pasando de unas en otras; y Páris, sin gozo ni sosiego, se dejaba arrastrar del torrente de las señoritas á la moda. Sin embargo, un sentimiento secreto le conducia á pesar suyo hácia su fiel OEnon. Sin querer hacia justicia á su esposa, diciendo con sonrisa desdenosa:

Es OEnon jóven amable,
 Sábia, discreta y hermosa,
 Muy sensible, virtuosa,
 Y cual ninguna apreciable.....
 Ah! si no fuera mi esposa!

Poco tardó en extenderse la reputacion de Páris con sus conquistas. Enta-

bló uua íntima amistad con el dios Mercurio, á quien hizo su agente y consejero, y le presentó finalmente en la corte celeste para que arreglase la disputa de las tres diosas.

Tal fue el rápido camino que condujo á Páris á los honores.

Y yo me hallo convencido
De que Páris no habrá sido
El último magistrado
Que Mercurio ha colocado;
Pues camina todavía
El ambicioso mortal,
Si ciego interes le guía,
Por este mismo canal.

Pero semejante honor le atrajo muy funestas consecuencias, pues le causó la muerte y la ruina de su patria.

Adios, amiga fiel, hasta mañana.
Para oír la sentencia apetecida
Me habrás de acompañar al monte Ida;
Pero guarda entretanto la manzana.

CARTA XLIII.**JUICIO DE PÁRIS.**

La silenciosa Noche continúa con sosiego su carrera: aun yace Aurora en su lecho de rosas; pero la coquetería hace tiempo que se ha levantado. La víspera de un día de batalla no se duerme; por esto Juno y Minerva se están ya preparando para la victoria. El arte profundo del tocador no solo sirve de auxilio á la naturaleza, sino tambien á la divinidad.

¿Y Venus, en qué ocupa estos preciosos momentos? No lo sé, amable Emilia. Únicamente se sabe que ayer, despues del banquete celeste, desapareció con Baco: el Misterio los acompañaba; lo demas se ignora.

Pero el dia aparece, y el instante fatal se aproxima. Las diosas, guiadas por la envidia y la curiosidad, se juntan de tropel en el Olimpo. Todas las miradas se dirigen al monte Ida: en él se encuentra Páris, con la manzana en la mano, y

sentado sobre una vieja encina; y Juno, sentada con majestad en su carroza, asrastrada por dos pavones, se presenta la primera. Su talle divino, su mirar imponente, su marcha noble, su mano sosteniendo el cetro de oro, su frente adornada con la brillante diadema, todo anunciaba á la reina de las Inmortales; y el juez á su vista quedó inmóvil, sintiéndose penetrado de un religioso respeto. Mas por desgracia,

El Amor y Sumision
Hacen mala compañía,
Ya sabrá usted la razon:
Uno con otro se enfria,
Y Amor, si está resfriado,
Al punto se queda helado.

El juez aun se hallaba estremecido, cuando á su vista se presentó Minerva. No sé qué secreto encanto rodeaba á esta diosa: con su dulce é invencible atractivo seducia los corazones: la serenidad de su frente templaba la austeridad de sus miradas; y si Minerva se hubiese sonreido, hubiera alcanzado la victoria; pero su seriedad uniforme retuvo en las manos del juez la manzana, que ya se le iba á escapar.

En el lugar de Páris, lo confieso ingenuamente, la misma incertidumbre me hubiera contenido; mas no por esto crea V. que conspiro contra Minerva.

No diré, bella Emilia, que la ciencia
 Debilite el poder de la hermosura;
 Con usted aprendí que la prudencia
 No daña, ni se opondrá la ternura.
 Ejerce, sin embargo, la inocencia
 Con su afable sonrisa y su dulzura
 Un poder mas extenso y duradero
 Que no con su mirar serio y severo.

No diré que de cándida belleza
 Debilite las gracias y primores
 El pudor con su noble fortaleza:
 Respeto demasiado los temores
 Que del alma origina la grandeza.
 Mas ¿se oponen acaso los amores
 Al candor y virtud? O por ventura
 ¿No puede ser amable la hermosura?
 Tampoco diré yo que los desvios,
 El lenguaje cortés, el cumplimento,
 Los votos prodigados y tardíos,
 El desden y fingido sentimiento
 Causen al corazon mortales frios,
 Sin tener algun otro fundamento;
 Pero sí, que Minerva soberana
 Esta vez se quedó sin la manzana.

Al fin se presentó Venus, que casi
 habia olvidado la hora de la cita. Traía
 sus rubios cabellos esparcidos desordenadamente sobre el rostro cubierto
 con las rosas del placer: su divino cin-

turon estaba aun medio desatado: sus ojos cubiertos de languidez, y sus labios abrasados de deleite. Toda la corte dudó que Venus hubiera madrugado tanto como Juno y Minerva, y hasta las mismas Diosas convinieron en que se presentaba sin su acostumbrada compostura. No se equivocaban ciertamente,

Venus entonces venia
De una cita misteriosa;
Siendo asi, la bella diosa
¿Qué compostura tendria?

Acababa de dejar
Al dios Baco, su querido,
Y es forzoso que el vestido
Viniese sin arreglar.

Y segun se sospechó,
A la sombra del misterio
Algun dulce gatuperio
El dios con la diosa obró.

Pues imperioso Destino
Para madre la elegia,
Y á las tres Gracias traía
Dentro del seno divino.

A la vista de Venus, el pastor suspira, se turba, y la manzana se le escapa de la mano. Juno, Minerva, el Olimpo reunido y cuanto le rodea se borra de su vista; á nadie vé sino á Venus, y con el brazo extendido le quiere presentar la manzana, que ya estaba á los pies de la

diosa; el Olimpo entero lo aplaudia.

En tan crítica ocasion
 Todo jóven magistrado,
 Deponiendo el ceño airado,
 Olvida su situacion.

Si la belleza lozana
 Con su mirar nos hechiza,
 La apetecida manzana
 No se dá, que se desliza.

No pintaré, amada Emilia, el despecho que acometió á las rivales de Venus: apenas habrá pintor que pueda expresarle con fidelidad.

Cuentan muchos escritores que, antes de la sentencia pronunciada por Páris, trató cada diosa de seducir al juez. Juno le prometió la grandeza, Minerva la sabiduría, y Venus la mujer mas hermosa del universo. Venus cumplió su palabra, ayudándole á robar á la hermosa Elena, esposa de Menelao. Pero esta odiosa conquista fué vengada por la Grecia reunida; los griegos tuvieron sitiada á la ciudad de Troya por espacio de diez años: y el rencor de Juno y Minerva consumó la ruina de este imperio.

Pronto hablaré á V. Emilia, de los terribles efectos de su resentimiento. Pero si yo me hallase hoy dia en el lugar

que Páris, y tuviera que adjudicar la manzana: para no disgustar á Juno, ni á Venus, ni á Minerva, se la presentaria á mi Emilia, y de este modo

Premiaria las gracias naturales,
La altivez, la sagaz sabiduría:
Asi de las deidades inmortales
La discordia fatal evitaria.

CARTA XLIV.**VENUS ; SU CULTO, SUS DIVERSOS NOMBRES.****SAFO.**

El triunfo de Venus se celebró en todo su imperio con mucha alegría, de la que ni Juno ni Minerva quisieron participar. De todas las comarcas del universo concurrieron en tropel sus adoradores á reunirse en su templo de Citeres. Habia en él muchos altares, en cada uno de los cuales estaba la diosa representada bajo distinta forma. Aquí se la veía sentada en una carroza tirada por gorriones, su seno descubierto, coronada la frente de rosas, pintada en sus ojos la languidez, y el deleite en sus labios.

Mas acá estaba en su concha marina conducida por palomas; cubierta una parte de sus encantos con un ligero velo, cuyos pliegues sujetaba el misterioso cinturón; desnuda parecia bella, mas ahora con el vestido estaba divina. Sostenia en sus manos un haz de flechas irresistibles,

con el que reponia el carcax de su hijo. Se asegura que , cuando estaba armada de estos dardos , triunfaba hasta del mismo Júpiter armado del rayo , obligándole á que la rindiese homenaje.

Hasta Jove omnipotente
Su poderio olvidaba ,
Y ante Venus se postraba
Con sumision reverente.

El mas alto potentado ,
Cuando la belleza impera ,
Baja humilde de su esfera
Y se rinde anonadado.

Mas allá aparecia coronada de mirto con un espejo en la mano , sus pies con sandalias de seda recamadas de oro , y cubierto su seno de cadenetas de oro y brillante pedrería. Recordaba con estos atributos el vergonzoso culto que las hijas de Cipse rendian á Venus , pues en su honor se prostituian á orillas del mar , sacando de este infame comercio considerables sumas y muchos diamantes , cuyos emolumentos servian para formar su dote cuando se casaban. Tambien se asegura que despues se trasformaban en mujeres honestas , y que hoy dia se ven entre nosotros algunos ejemplos de esta trasformacion. ¡ Ojalá!

Tambien se veía á Venus con la manzana de la discordia en una mano, y en la otra un haz de adormideras.

Feliz el amante fuera
Si tranquilo y sosegado
Sobre el lecho se durmiera
Per Ciprina preparado
Con la verde adormidera;
Pero al fin negro cuidado,
Con adusto y fiero ceño,
Le turba su dulce sueño.

Asimismo se hallaba representada bajo la figura de una vírgen, con sus ojos inclinados, y descansando los pies en una concha de tortuga.

Venus en esta figura
Advierte que la hermosura
Debe guardar con destreza
Y suma solicitud
En su casa la belleza,
En su concha la virtud.

Finalmente aparecia Venus colocada sobre una carroza de marfil tirada por cisnes. Su talle era majestuoso, la calma y serenidad se manifestaban en su frente, elevaba al Cielo su cabeza, fijando en él su vista. A sus pies estaba el Amor, cubiertos los ojos con una venda, desplegadas las alas, y lleno el carcax de ar-

dientes flechas. Con estos atributos presidia Venus á ese Amor puro y casto, ó celeste llama que, sin alterarse jamas, abrasa á los amantes verdaderos, y que, uniendo sus almas, parece que los eleva juntos á la mansion de la divinidad. Mas este culto particular, que ya desde sus principios fué menos celebrado que los otros, hoy dia se ha olvidado enteramente; y no me admira, pues

Si de *Venus modesta*

El mortal no celebra ya la fiesta,
Y condena al olvido

Un culto que tenia establecido,

¿Será extraño que dude, y aun proteste
Que jamas existió *Venus celeste*?

La dulce Persuasion, que por lo regular acompaña á la Belleza, se encontraba á su lado. El Candor reposaba en su frente, la Timidez calmaba el ardor de sus miradas, la sonrisa animaba sus labios, y de su boca medio abierta parecia que se escuchaba aquella elocuencia persuasiva, que los retóricos enseñan, sin poseerla ellos mismos.

Los doctores que graves pretenden
Enseñar amorosa elocuencia,
Son mas necios que toda su ciencia:
No se aprende sin don natural.

III.

F

La Belleza tan solo pudiera
 Con sus dulces y gratas miradas,
 Y sus voces de fuego animadas,
 Enseñarnos el arte de hablar.

Tambien acompañaban á Venus las
 tres Gracias agarradas de la mano, para
 manifestar que jamas se separan.

Unidas estrechamente
 Con el lazo de amistad,
 Nada perturba su paz
 Y se amparan mutuamente.
 Quien desunirlas intente
 Váyase con gran cuidado,
 Pues, su deseo logrado,
 Le habrá de pesar despues:
 Es fuerza tener las tres
 Para conseguir agrado.

En tanto, las sacerdotisas de Venus,
 coronadas de mirto, se aproximaban al
 santuario y ofrecian á la diosa las ofren-
 das de leche y miel. La gran Sacerdotisa
 se prosternaba primero á los pies de Ve-
 nus *celeste*, y le presentaba dos palomas,
 dirigiéndole esta súplica.

¡Oh Venus celeste!
 Mirad con agrado
 El don presentado
 Por nuestro candor;
 Y dad al amante
 Tranquilo reposo,
 Y al pérfido esposo
 Constancia y amor.

En seguida se hacían libaciones de vino en honor de Venus popular. Se inmolaba una cabra blanca *, y las carnes de la víctima se quemaban sobre un altar, en el que se conservaba fuego de enebro y acanto. Los sacrificadores presentaban también un puerco salvaje, pero no le introducían en el santuario, temiendo que su presencia recordase á Venus la muerte de su querido Adonis **. Se le inmolaba á las puertas del templo, y Venus agradecía este sacrificio expiatorio ofrecido á los manes de su amante.

Después algunas doncellas y varias matronas, se adelantaban á el altar de Venus *nupcial*, quien tenía en sus manos el globo terrestre, que ella misma regenera, y entre sus pechos ardía la antorcha de Himeneo ***. Iban coronadas de

* Según Luciano.

** Cuenta Strabon (en el lib. IX) que Venus recibía en ocasiones sacrificios de puercos para vengar la muerte de Adonis. Por eso he puesto en acción este pasaje: en mi narración me valgo de la autoridad de todos los escritores, cuya advertencia hago para evitar en adelante la sequedad de las citas.

*** Se la denominaba *Migomitis*, es decir, conyugal. Se deriva esta palabra de una voz griega que significa *unir, enlazar*.

fragantes rosas, cuyo carmin y blancura expresaban á un mismo tiempo el ardor y la pureza de sus deseos. Sus lustrosos y dorados cabellos flotando sobre su cuello de alabastro, tocaban en la tierra. Las vírgenes demandaban esposos, y las esposas hijos: suplicaban á Venus que accediese á sus deseos, ofreciéndola su cabellera, cuyas trenzas flotantes cortaba inmediatamente la Sacerdotisa colgándolas en el altar de la diosa.

Este sacrificio tan grato á Venus, se ha perpetuado tanto como su culto. Berenice, mucho tiempo despues, deseando que su esposo alcanzára una victoria, consagró á Venus su cabellera.

Emilia por su bien no solicita
La deseada gloria;
Ni tampoco de ofrendas necesita
Cuando quiere lograr una victoria.

Mas, si un dia su seno deseara
Alcanzar una suerte victoriosa,
Y, de gloria ambiciosa,
Cual otra Berenice se cortára
Su flotante y lustrosa cabellera,
Y á Venus la ofreciera,
El Céfito mostrárase quejoso
Al ver un sacrificio tan costoso.

En cuanto á la cabellera de Berenice,
al dia siguiente de la ofrenda desapa-

reció del templo. Al saber esta noticia

Se reúnen al momento
 Los señores cortesanos
 A tratar de aquel portento,
 Y adivinar el intento
 De los dioses soberanos.
 Discurren embarazados,
 Sin saber qué resolver
 De los cabellos robados;
 Y no pueden comprender
 En qué serán trasformados.
 Mas al fin la turba inquieta,
 Con ayuda de un poeta *,
 En astro los convirtió:
 Si me hubiese hallado yo
 Les trasformára en cometa.

Este fué el culto de Venus; pero castigaba severamente á las mujeres casadas que se olvidaban de su devocion. Habiendo las damas de Lemnos interrumpido sus fiestas por algun tiempo, Venus las hizo odiosas á sus maridos, los cuales, estando en guerra con los Tracios, se casaron con las prisioneras que tenian, abandonando á sus esposas. Estas, para vengar su ultraje, juraron degollar en

* Sobre este acontecimiento compuso Calimaco un poema. Los astrónomos habian descubierto por aquella época un nuevo astro, y el poeta, concertado con ellos, le denominó la *cabellera de Berenice*.

una noche á sus maridos * y á las concubinas, lo cual ejecutaron. Temerosas al mismo tiempo de que los hijos quisieran vengar algun dia la muerte de sus padres, tambien los degollaron. Ya ve V., Emilia, que no se falta impunemente al culto de Venus.

Aproveche mi amiga tal ejemplo,
Sacrifique á la madre de Cupido,
Y algun dia permita que rendido
La lleve de la mano al sacro templo.

Sin embargo, cuando acometian los furores de Venus, habia antiguamente varios medios para libertarse de ellos. A mas de ciertas yerbas que tenian la virtud de apaciguar los trasportes de Amor, habia el recurso de bañarse en el rio Silemno, cuyas aguas hacian olvidar al objeto amado. La misma propiedad tenia la roca de Leucadia, que se eleva á orillas del mar Jonio, pues arrojándose al mar desde la cumbre de este peñasco, inmediatamente se experimentaba la curacion. Muchos amantes, y hasta algunas esposas, dieron este salto peligroso.

* Solo Hypsipyla conservó la vida al rey Thoas, su padre, salvándole secretamente en la isla de Chio.

La ilustre Safo perteneció á este número. Tuvo la desgracia de amar á Faon, jóven lesbio, á quien Venus habia regalado un bote de esencias divinas, por medio de las cuales se hizo el mas bello de todos los hombres.

Aun nos apestan hoy dia
 Los perfumados Faones
 Con sus necias contorsiones,
 Sus gestos y moneria:
 Los que con su extravagancia,
 Nuestro sexo degradando,
 Viven solo enamorando
 A la ficcion é inconstancia;
 Y si bien, á la vez, son
 Amados y adoradores,
 A tan continuos amores
 No basta su corazon.

Tal era el amante de Safo. El que se ama á sí mismo no puede amar á nadie: Safo hizo la triste experiencia, y para curarse de su amor fatal, recurrió á la roca de Leucadia. Mas antes de arrojarse al mar colocó en la playa su lira de cipres, y grabó sobre la peña estas palabras:

Voy al fin ¡oh Cupido terrible!
 A gustar la bebida espumosa,
 Y borrar la pasion amorosa
 Que destroza mi pecho infeliz.
 Ya mis ojos no vierten el llanto,
 De Cupido las armas detesto;

¡Ay de mí, qué presagio funesto!
Sin amar ¿lograré ser feliz?

¡Sin amar!.... ¡oh qué necia locura!
¿A mi amante veré sin espanto?....
¿De su bella figura el encanto
No me hará palpitar de placer?
¿Por ventura mi pecho sensible
No podrá figurar que le mira,
Que me ruega, me abraza y suspira,
Prometiéndome constante querer?

¿No podré, recostada en la playa,
Esperar por el día su vuelta,
Y decir, si no viene, resuelta:
Hoy no vino, mañana vendrá?
¿Devolver no podrá la esperanza
A mi seno turbado el reposo?....
¡Ay de mí! este día dichoso
No le espero, jamás llegará.

Para siempre de ti me despido,
Ilusión de placer y ventura,
Que calmabas la triste amargura
Que de un hombre ocasiona el rigor.
¡Oh mortal, que causaste mi lloro!
A pesar de tu poca firmeza
¡Cuánto siente mi débil flaqueza
Condenarte al olvido y rencor!

CARTA XLV.

B A C O .

Querida Emilia: ya he bosquejado ligeramente el cuadro de las fiestas de Venus. Bosquejaré otro cuadro de las de Baco, para que haga juego con aquel.

A Baco se le representa en una carroza conducida por tigres ó panteras, emblemas del furor que inspira la embriaguez: tambien es algunas veces arrastrada por lince, é ignoro ciertamente el motivo, pues el lince nada tiene de particular sino su vista perspicaz. Es verdad que el mortal embriagado ve dobles los objetos, pero no los que estan lejanos. Se hallaba el dios coronado de pámpanos, y adornaban su corona un par de cuernos.

Mas hoy está despojado
De las astas, segun creo,
Pues hace tiempo Himeneo
La corona le ha robado.

Se le ponian cuernos á Baco porque ha-

bia sido el primero que unció los bueyes para trabajar la tierra. A su lado se colocaba una encina, en memoria de haber hecho dejar á los hombres el alimento de la bellota por el de las frutas y trigo; y tambien se colocaba una cepa ó una higuera, cuyo cultivo habia enseñado. En la mano derecha tenia un tirso, especie de lanza rodeada de hojas de parra; y se le daban por compañeras á las Musas, á quienes inspiraba tan bien como Apolo.

Asimismo se representaba al dios de los bebedores sentado sobre un tonel, coronada su frente de yedra, cuyo follaje apacigua, segun dicen, los vapores del vino. Iluminado su rostro con subido bermellon y su nariz cubierta de rubies. En una mano tenia una copa, y en la otra un tirso rodeado de yedra. A su lado se colocaba una picaza, cuya ave le estaba consagrada por su extremada charlatanería;

Y he visto, si no me engaño,
 En un viejo pergamino
 Un proceso muy extraño
 Que contra Baco divino
 Siguió el gremio semenino
 Con grande teson antaño.

El bello sexo pedia
 Que Baco le devolviera
 El avecilla parlera
 Que al gremio pertenecia;
 O, si derecho tenia,
 Que al tribunal lo expusiera.

Mas como de las pruebas resultó que Baco sabe hacer charlar á los hombres tan bien como las mujeres, estas perdieron el pleito; y sin duda por esta causa han pretendido probar algunos sabios que Baco era hermafrodita.

Los primeros sacerdotes de Baco fueron los Sátiros, y sus primeras sacerdotisas las Nayades: y es preciso confesar, amable Emilia, que V. sabe conservar escrupulosamente su ministerio.

Al ofrecer la copa
 Del jugo dulce y ardiente
 Que Sileno complaciente
 Repartia con su tropa,
 Vuestra mano mezcla luego
 La Nayade suave y pura,
 Por templar con su friura
 Del licor el vivo fuego.

Algunas veces, sin embargo, se desentiende V. de su devocion para con las Nayades; por ejemplo,

Cuando Baco, trasformado
 En el nectar delicioso,

Sale alegre y bullicioso
 De su encierro apresurado,
 Se anima vuestra belleza
 Contemplando su viveza,
 Y en el instante procura
 Separar de la bebida
 A la Nayade querida,
 Por conservarla mas pura.

Con el tiempo fueron reemplazadas las Nayades por las Bacantes, las Thyades y Ménades. Estos diferentes nombres traen su etimología de varias palabras que expresan el furor, la rabia, ó la locura. Estas sacerdotisas recorrian las ciudades y campiñas, armadas de tirsos, coronadas de pámpanos, y cubiertas con una piel de tigre; sus cabellos desmelenados, la boca espumosa y los ojos echando chispas. Algunos autores han celebrado sus encantos, sin duda con razon; pero yo nunca hubiera sido su rival.

Nada, Emilia, me parece
 Sin las virtudes amable;
 Aun la fea insoportable
 Con el pudor se embellece.
 Mi corazon apetece
 Una jóven candorosa,
 En cuya frente espaciosa
 Reine sencillo candor:
 La bella sin el honor
 ¿Qué logra con ser hermosa?

Para celebrar las fiestas de Baco se adornaba su templo con los pámpanos y la yedra. Los sacerdotes paseaban su estatua por en medio de las viñas, cantando himnos en su honor. Las Bacantes les seguían danzando y prorrumpiendo en gritos de alegría, semejantes á los del furor.

La comitiva regularmente se detenía á la sombra de una encina ó de una higuera, y allí se colocaba al dios sobre un altar, á cuyos pies se inmolaba un macho cabrío. Este sacrificio era agradable á Baco, porque al brotar los tallos y pimpollos de las cepas destruía este animal la esperanza de la vendimia.

El dios y la víctima eran llevados en pompa por los sacerdotes en seguida, y á su tránsito por las aldeas inmolaban sus habitantes un puerco * ante las puertas de sus casas. De vuelta al templo quemaban los sacrificadores las entrañas de la víctima, y del resto preparaban un festin para la comitiva.

Entre los atenienses las doncellas

* Esta costumbre fué muy usada entre los atenienses.

que ya tenían edad para casarse, cubiertas de largos velos, presentaban á Baco canastillos llenos de los primeros frutos de la estación. De este modo,

Bajo el misterioso velo
Del sacrificio, el pudor
Expresaba sin rubor
Del corazón el anhelo
Con elocuencia y candor.

Después del festín se reunían los sacerdotes al son del pífono y tamboril, y saltaban á compas sobre pellejos ó vejigas infladas, untadas al mismo tiempo de grasa ó aceite. Ya podrá V. presumir, Emilia, con cuánta frecuencia faltarian al compas los bailarines, y cuán repetidas serían las caídas. Cada resbalon excitaba los gritos y palmadas de los espectadores, y se concedía un premio al bailarín que menos hubiese perdido el equilibrio.

Estos juegos pasaron de Atenas á Roma, donde se celebraban las principales fiestas de Baco en las tres épocas del año.

La primera fiesta se celebraba en el mes de Agosto: entonces se colgaban en los árboles inmediatos á las viñas unas

figuritas que representaban á Baco , para que este dios cuidase de las uvas.

La segunda se celebraba en el mes de Enero , cuando se llevaban á Roma los vinos de Italia.

Y la tercera , que era la mas solemne , se celebraba en el mes de Febrero : estos eran los Bacanales , cuyas fiestas aun celebramos nosotros por el mismo tiempo y con las mismas extravagancias con el nombre de *el Carnaval*.

Algunos sabios han pretendido probar que Baco es el mismo Nemrod , á quien la Sagrada Escritura llama el gran Cazador . Se fundan en que los nombres y sobrenombres de uno y otro se asemejan , segun dicen , en la lengua griega y en la hebrea . Yo creo que se debe dar muy poco mérito á esta opinion científica , y no inferir de la identidad de nombres la de la persona .

Yo conozco , á la verdad ,
Muchas Emilias floridas ,
Que gozan de vuestra edad ,
Y son cual vos sois queridas .
En juventud y beldad
Son á Emilia parecidas ;
Y en la virtud eminente
¿ Lo serán ? — No , ciertamente .

Otros autores, apoyándose en hechos, han establecido entre Baco y Moises cierta semejanza, cuya identidad es mas verosímil. Baco y Moises fueron educados en Arabia: uno y otro fueron conquistadores, legisladores y bienhechores de los pueblos que sujetaron. Baco se hallaba representado con dos cuernos; Moises con dos rayos en la cabeza. El tirso de Baco hacia correr vino de las fuentes; la vara de Moises hizo brotar una fuente de agua pura: y aqui la comparacion únicamente se diferencia en la calidad de la bebida. Baco, en fin, habiendo tocado con su tirso las aguas del Orontes y del Hydaspes, atravesó estos rios á pie seco: otro tanto hizo Moises en el mar Rojo. Esta identidad prueba al menos que si Baco y Moises no fueron un mismo personage, fueron dos hombres dotados del mismo carácter*. Los nombres de los personages célebres pueden muy bien apropiárseles los malvados; pero su carácter y acciones solo á ellos les puede perte-

* Orfeo llama á Baco *Moses* (Moises), y le da por atributo dos tablas de la ley.

necer; y únicamente con estos indicios se reconoce la virtud. Por ejemplo, si alguno me dijese:

- »Yo conozco una doncella
- »Tan graciosa como bella,
- »Cuya modestia y talento
- »No tiene igual, según siento.
- »Aunque joven todavía
- »Desprecia la compostura,
- »Y en instruirse procura,
- »Siendo el saber su alegría.»

Al oírle no diria:

¿Será Emilia, por ventura?

Si me dijera en seguida:

- »Con prudencia desmedida
- »Se abstiene de los amores
- »Del tropel de adoradores;
- »Y aunque de ellos se desvia,
- »Los trata con tal finura
- »Que temple con su cordura
- »La amorosa antipatía;»

Segunda vez no diria:

¿Será Emilia, por ventura?

Y si despues añadiere:

- »Todo el hombre que la quiere
- »Parece se ve forzado
- »A buscar siempre su lado;
- »Y el que la quiso algun día,
- »Recordando su ternura,
- »Eterna amistad la jura,
- »Y de verla se gloria.»

Tercera vez no diria:

¿Será Emilia, por ventura?

Si dijera finalmente:
 «Cuando encuentra un indigente
 »Le tiende su blanca mano,
 »Mirándole cual hermano,
 »Y á su morada le guía,
 »Do calma su desventura;
 »Mas ocultarse procura,
 »Si algun curioso la espía.»

Entonces si que diria:
 Es Emilia, ¡qué ventura!

A propósito de semejanzas, ahora me acuerdo que predije á V. el nacimiento de las Gracias el mismo dia en que Páris pronunció su sentencia en la estacion de primavera. Acaba de pasar el carnaval, y Venus, segun vuestros cálculos, debería haberlas dado ya á luz; pero V. comienza á sospechar si me habré equivocado en las épocas;

Y estará usted impaciente
 Por no ver á sus hermanas
 Las tres Gracias soberanas;
 Mas en la carta siguiente
 Calmaré vuestra impaciencia:
 Tened algo de paciencia.

CARTA XLVI.**LAS GRACIAS.**

Aunque varía la opinion de los autores en cuanto al origen de las Gracias, la mayor parte las cree hijas de Venus y Baco. Unos las representan desnudas, porque dicen que las Gracias nunca deben disfrazarse; y otros las cubren con un ligero velo, cuya costumbre prefiero á la primera; pues no hay gracias sin decencia, ni decencia sin velo.

La Mitología nos da generalmente pocas noticias respecto á las Gracias. Para suplir esta falta remito á V., amada Emilia, la relacion del viaje que, bajo sus auspicios, he emprendido al templo de las tres inmortales.

El templo de las Gracias.

Este templo no está situado en un lugar consagrado particularmente á su culto.

Su majestuoso templo
 Al palacio encantado se parece.
 Si la grata Hermosura, por ejemplo,
 Delante de mis ojos aparece,
 Un soberbio edificio se presenta
 Que al vivo representa
 El templo de las Gracias afamado.
 Su santuario contemplo rodeado
 De flores y trofeos,
 Que excitan mis pasiones y deseos;
 Mas si luego la bella desaparece,
 Ya no veo el altar que me consuela;
 El edificio vuela,
 Y con él mi ilusión se desvanece.

Ya hacia tiempo que buscaba este fugitivo templo, tan raro y tan difícil de encontrar, cuando supe que se encontraba hacia ocho días en ***. Inmediatamente me puse en camino, y en él encontraba á cada instante multitud de peregrinos que, sin querer, volvian las espaldas á aquel mismo templo donde querian llegar.

En una carroza yo ví caminaba
 Un cuerpo rugoso de vieja manceba;
 El yeso y almagre su piel ocultaba,
 Y en ver su figura mi vista se ceba.
 Los bellos encantos que tuvo de nueva,
 Los años voraces habian robado;
 Las hondas arrugas del rostro pintado
 Al Céfiro blando servian de cueva.
 Un célebre abate tras ella camina,
 Físgando las bellas en vez del breviario;
 Las galas encubren su cuerpo cecina,
 Y endulza con gestos su rostro ordinario.

El vulgo le tiene por docto anticuario,
 Él mismo se precia de su suficiencia;
 Apenas ignora su mente una ciencia,
 Ni se ha conocido talento mas vario.

Detras del abate venia un sabiondo,
 Sudando los bofes, en una calesa:
 De cuerpo y talento cual bola redondo,
 Saber no se puede las libras que pesa.
 Con toda esta mole tan tosca y tan gruesa,
 Del nervio y pulmones Milor se quejaba;
 Mas su ruda facha no tanto chocaba
 Cual su perspectiva ridicula y tiesa.

Encontré, finalmente, un conjunto
 de originales de toda especie, como doc-
 torcillos, marisabidillas, coquetas, mú-
 sicos, pintores, devotas, oradores, poe-
 tas, bailarines, y filósofos. La mayor
 parte de estos últimos caminaba á pie,
 llena de alegría, pues este camino le pa-
 recia un paseo; pero los extranjeros, y
 sobre todo las señoras, llegaban al tem-
 plo tan llenos de atavíos, que se veían
 precisados á detenerse á la puerta.

Aquí era el tropel. Los presumidos ta-
 lentos y bellezas decian sus nombres para
 darse importancia y llamar la atencion, y
 en tono de autoridad gritaban al centinela:

Sargento, venga usted apriesa:
 Diga usted al oficial
 Que abra paso á la marquesa.....
 Y á su prima la condesa.....
 Y á un capitan general.

Sin embargo, los que caminaban á pie entraban los primeros; y yo, que marchaba tras de ellos, entré al instante con solo pronunciar el nombre de Emilia.

Luego que llegué al vestibulo, ví en torno mio varios altares particulares, donde se consultaba á los semidioses, ministros y favoritos de las Gracias. En cada altar habia una estatua del semidios á quien en ella se consultaba; y estas eran las de Racine, La-Fontaine, Sevigné, Deshoulières, &c. Un perfumado consejero quemaba el ámbar sobre el altar de Montesquieu, y le decia:

Soy escritor afamado,
Y con estilo halagüeño,
De Themis el grave ceño
Há mi pluma trasformado
En complaciente y risueño.

Doctor en jurisprudencia,
Las señoras me consultan;
Y de las obras que abultan
Recopilo con paciencia
El espíritu que ocultan.

He compendiado un manual
Exacto, breve y completo
Del Código criminal,
Todo escrito en madrigal
Con las glosas en soneto.

Es lujosa la impresion,
El papel avitelado,
Y en Paris encuadernado

Con la mayor perfeccion
 En tafilete labrado.
 De libro tan escogido,
 A las Gracias vengo á dar
 El mas selecto ejemplar;
 Y cual si fuese un perdido
 ¡Asi se me hace esperar!

A lo que le respondió el oráculo de las
 leyes:

Tu estilo no consiente
 La gravedad de Themis imponente;
 En su digna nobleza
 Su majestad consiste y su belleza:
 Que las Gracias jamas han estimado
 El lenguaje del juez afeminado.

En el mismo instante una matrona,
 cubierta de gasa, se postró ante un gru-
 po que representaba á Sevigné, Des-
 houlières y Ninon, diciendo con voz
 trémula:

Mi talento sutil ha conseguido
 Descubrir un secreto portentoso;
 A pesar de los años que he vivido,
 Mi semblante jamas se ve rugoso;
 Cada dia se muestra mas florido,
 Mas jóven, mas lozano, y mas hermoso.....
 — ¡Tiembra, dijo el oráculo, no seas
 En niña trasformada, cual deseas!

La jóvencita sexagenaria se sonrió
 con desden, é hizo lugar á una rubia,
 cuyo semblante expresaba su languidez,

y que dejó escapar estas palabras:

Poseo la ficcion en alto grado;
 Y con tal propiedad, si se me antoja,
 He llegado á fingir una congoja,
 Que ninguna mujer me habrá igualado.
 Mis desmayos al orbe han dominado;
 Y si acaso mi amante se me enoja
 Un supuesto vahido le despoja
 Del furor, de la rabia y del enfado.
 Cuando finjo desmayo convulsivo,
 Manifiesto al amante que me mira
 De mi bella garganta el atractivo.
 Al verme tan hermosa, ya suspira..
 Y mi seno nevado y expresivo
 Un fuego abrasador en él inspira.....

El oráculo la interrumpió, diciendo:

Efectos admirables
 En Paris ciertamente han producido
 La congoja y vahido,
 Mas aqui no se admiten incurables.
 En casa de las Gracias no se cura
 Del mortal desahuciado la locura.

La jóven de los ojos azules, con tan brusca respuesta, conoció el desairado papel que haria en el templo, y dejó su puesto para que le ocupase una jóven modesta, que dijo suspirando:

Contagiosa enfermedad
 Alterando mis facciones
 Me robó las perfecciones
 Y me dió la fealdad.

Sin gozar esa beldad
 De encantos artificiales
 Que apetecen los mortales
 ¿Podré merecer entrada
 En la dichosa morada
 De las Gracias celestiales?

A lo que contestó el oráculo:

Es cierto que te miras sin belleza;
 Mas tu grande talento,
 Tu candor, tu virtud y miramiento
 Compensan tu pasada gentileza.
 La jóven, por sus prendas adorada
 Y no por la hermosura,
 El amor y constancia se asegura,
 Y en todas las edades es amada.
 Cupido con la fea complaciente
 Se muestra cariñoso,
 La cubre con su velo misterioso,
 Y el amable candor pone en su frente.
 Tu talento yacia sepultado
 Por tu rara hermosura;
 Mas hoy olvidaremos tu figura,
 Y tu ingenio veremos y tu agrado.

Al concluir estas palabras, se abrieron las puertas del templo para recibir á la jóven desgraciada.

Delante de la puerta se hallaba el célebre Marcel *, contralor de costumbres

* Era Marcel un maestro de gracias á la moda bará cuarenta años. Nadie se presentaba en la corte ni en el gran mundo sin haber tomado lecciones de Marcel. Este fué el que, hallándose en un baile,

y compostura; y en el umbral se encontraba La-Bruyere, cuya vista perspicaz descubria los menores defectos del génio y del talento. Marcel, en su estilo familiar, gritaba á cada instante:

¿Qué buskais, señor abate?

Aqui no se puede entrar:

¿Nos quiere usted apestar

Con ese aire de petate?

Señor coronel maton,

Retiraos al momento,

Pues aqui no dan asiento

Al orgullo y presuncion.

Atrás, presumido Fabio:

Entrar aqui no merece

Un fátuo que se parece

Al rey Midas en lo sábio.

¡Ya con vuestro corbatin

Venis, conde, agarrótado!

Muy temprano habeis tomado

La botarga de Arlequin.

Duquesa de Mirafior,

¿Gustais pasar adelante?

Quitad á vuestro semblante

Cuatro capas de color;

Allojad esa cintura,

Si no quereis reventar;

Asi podreis respirar

Y vivir con mas anchura.

Y tú, presumida Rosa,

Cuyos pies has condenado

exclamó lleno de entusiasmo despues de una hora de contemplacion y recogimiento: "¿Qué de cosas en un minué!"

A martirio prolongado
 Y á prision dura y penosa :
 Permiteles disfrutar
 De libertad y franqueza ,
 Pues te dió Naturaleza
 Los pies para caminar.

Muchos peregrinos lograban escapar del exámen de tan rígido censor, y obtenian sus pasaportes ; pero al llegar á las puertas del templo sufrían otro exámen mas riguroso, pues en esta se descubrian los defectos que habian sido ocultados por las gracias artificiales. El moderno Teofrasto *, fijando en cada uno de ellos su vista perspicaz, les decia con voz severa:

Sal de aquí, Damon fiero ,
 Ya que tu corazon, tan insensible ,
 Desecha con rigor duro y severo
 El deleite apacible
 Que Amor inspira y el talento aprecia.
 Y tú, Baldo orgulloso ,
 ¿ Qué buscas en el templo del reposo ?
 ¿ Por qué no vas á Grecia ,
 Ya que tu presuncion nos asegura
 Que sin griego no hay ciencia ni cultura.
 Lindoro, que presumes de hombre sábio
 Y que apenas hay ciencia
 Qué no hayas saludado , ten paciencia ,
 Si no puedes entrar ; sella tu labio ,

* El mismo La-Bruyere de quien hemos hablado.

Pues eres un pedante ,
 Un necio , nn presumido , un ignorante .
 ; Ah Terencio ! Tu mucha extravagancia
 No permite que ilustres tu talento ;
 Retirate al momento ,
 Y profesa en silencio tu ignorancia .

Cleon ; tu pecho helado
 Razona del Amor divinamente ;
 Mas , en viéndote al lado
 De una jóven sensible é inocente ,
 Su sensacion resuelves con tal flemma ,
 Cual si fuese un problema :
 Perdona si tu calma en poco aprecio ,
 Pues Varron ha sufrido igual desprecio .

Te muestras , oh Dion , muy divertido
 En todas tus alegres producciones ;
 Mas tus mormuraciones
 Degradan tu talento desmedido :
 Nos divierte tu estilo placentero ,
 Y nos cansa tu númen embustero .

Y vosotras , incómodas doncellas ,
 Que apreciáis la hermosura
 En mas que la instruccion y la cultura ,
 Creyendo saber todo por ser bellas ;
 Vosotras , que decís mil necedades ,
 Por chistes y agudezas ,
 Queriendo aparentar graciosidades
 A costa de simplezas ;

Vosotras que cubris con el agrado
 Un corazon de hielo inanimado :
 Despejad la morada
 Que las Gracias habitan , al instan!
 Aqui no tiene entrada
 La jóven presumida ó ignorante ;
 Se admite solamente la pureza ,
 El talento , el candor , y la llaneza .

Yo escapé de la proscriccion del

ensor, pues viéndola á V. retratada en mi corazon, dispensó alguna gracia á mi talento, y me franquearon la entrada del templo. En él rendí adoracion á las tres hermanas.

Al ver de las diosas la suma belleza
Quedéme admirado, mas no sorprendido;
Quizá respirára con menos franqueza
Si siempre con ellas hubiese vivido.
Mas antes de verlas habia sabido
Los muchos encantos que dentro veria;
¿Qué grande sorpresa causarme podría
Si ya por Emilia me hallaba instruido?

Hallábanse las tres hermanas en actitud modesta y elegante, entrelazados sus brazos, y dándose las manos. Un descompuesto velo cubria felizmente la mitad de sus encantos; y sus acabadas formas se dejaban divisar por entre los pliegues del velo. La vista admiraba las bellezas visibles, y el deseo se imaginaba las ocultas. Sus miradas, casi siempre inclinadas al suelo, jamas se elevaban impunemente: su sonrisa iba acompañada del rubor; y quien las veia sonreír, no podia hablar sin ruborizarse como ellas. Su voz era dulce y persuasiva: hablaban poco, pero hablaban al corazon. Se las miraba esperando á que hablasen,

y se las escuchaba temiendo que dejaran de hablar. Asi, su silencio y sus discursos se prestaban un mútuo encanto, y aunque mujeres, ejercian tal vez con menos imperio el arte de hablar que el de callarse.

A pesar de su aparente simplicidad, me parecieron las Gracias bastante delicadas en la eleccion de sus favoritos. Eran estos en pequeño número, pero el menor favor bastaba á darles la inmortalidad; pues al que las Gracias tocaban no moria: asi es que hallé en su templo á muchos de nuestros contemporáneos, cuya pérdida aun lloramos.

Al pastor allí ví tan venerable,
 Que supo dibujar con mas destreza
 De los siglos dorados la pureza,
 Copiando su candor y génio amable.
 Ostentaba su rostro respetable,
 A pesar de los años, jentileza:
 * *Aun vivis!* exclamé con gran presteza,
 » ¡Oh Gesner inmortal é inimitable! *
 Un famoso orador tambien estaba,
 Digno de aquellos tiempos venturosos
 En que Roma las ciencias enseñaba:
 Sus vestidos mostrábanse jugosos
 Del loro por su muerte derramado:
 Aunque sábio, logró ser adorado*.

* Gesner, Buffon y Gerbier acababan de morir cuando se escribió esta carta.

Al verle, no pude contener mi llanto;
pero la primera de las Gracias me dijo
sonriéndose:

¿A qué viene tu llanto?
Si Gerbier no respira ya en el mundo,
En su sueño profundo
Disfruta de las Gracias el encanto.
¿Qué le pudo quitar la impia Muerte?
Al hacerse inmortal cumplió su suerte.

Concluidas estas palabras, tendió su
mano la diosa á un anciano que con no-
ble majestad se dirigia hácia el santuario.
Bajo sus nevadas cejas aun brillaba en
sus ojos el fuego de la juventud; y toda-
vía conservaba su frente la señal de las
coronas que habia sustentado. ¡Oh dio-
sa! exclamé: ¿quién es este monarca ve-
nerable? ¿En dónde dominaba?

— En todo el Universo. No te asombre:
Escucha de mi labio
Los elogios mayores de este sábio:
Él se llama *Buffon*; tan grato nombre
Hará dulce y eterna su memoria.
Las Gracias hoy le llaman á la gloria.

Dijo, y haciendo sentar al anciano en
un trono de cespéd, le ciñó la corona de
la inmortalidad.

El Placer á su lado renacia,
La gozosa y lozana Primavera

Asistió á la funcion en este dia ;
 Natura, de las Gracias compañera,
 Tan grata ceremonia presidia.

En tanto que duraba la funcion, ví entrar en el templo un sin número de ninfas en la flor de su edad, que venian de la campiña. Habia tambien entre ellas algunas cortesanas, y estas (lo confieso de buena fe) llevaban algunas ventajas á las primeras, pues á pesar de sus adornos aun ostentaban su belleza. Mientras yo las admiraba, me dijo Aglae: sin duda te sorprenderás al oír que estas nacientes beldades todos los dias vienen á visitarnos, sin saber ellas mismas que nos conocen ;

Pues la bella jovencita,
 Antes de ver al espejo
 Su beldad y su gracejo,
 Nos adora y nos visita.

Mas apenas reconoce
 Su belleza en el cristal,
 Nuestro templo, por su mal,
 Sin que quiera, desconoce.

Detrás de estas ninfas ví llegar las doncellas á quienes Amor habia coronado y conducido á el altar de Himeneo. 'Estas (me dijo la diosa) son menores en número que las primeras; pues las

» mugeres hoy dia , quanto mas se acer-
 » can á la edad de las Gracias , tanto mas
 » se separan de su culto. Ademas , nos-
 » otras únicamente admitimos en este re-
 » cinto á las que unen la sencillez al
 » agrado y modestia , y cuyo corazon
 » prefiere la constancia y ternura conyu-
 » gal á el incienso de los aduladores ;
 » siendo susceptible su carácter de sacri-
 » ficar al amor materno la moda , las no-
 » velas , los abates , y las óperas. Por
 » esta causa ,

« Himeneo vierte llanto

» De secreto en su morada

» Al verla desamparada ;

» Pero calma su quebranto

» Y la pena que le agita ,

» Si una Emilia le visita . »

Aun hablaba Aglae , cuando ví acer-
 carse las madres al pie del altar. No
 distinguí entre ellas á las que pretenden
 parecer hermanas menores de sus hijas ,
 ni á las que se incomodan porque sus
 hijas son bellas , y no quieren permitir
 que tengan estas quince años , &c. , &c.
 Sus nobles y tiernas miradas , su aire gen-
 til , y su afectuosa sonrisa interesaban so-
 bremanera. Sus ojos vertian lágrimas ,
 su boca pronunciaba sin cesar los nom-

bres de hijo y esposo: en sus labios se manifestaba el fuego que los castos besos habian avivado, y sus brazos sostenian la ligera carga que su seno habia sustentado. Los hijos que podian andar las acompañaban, conducidos de la mano ó agarrados á la falda del vestido. Las tiernas caricias y las dulces inquietudes volaban en torno suyo. Al considerarlas en medio de su familia naciente, cualquiera se veía forzado á estimarlas por un encanto superior. Parecia que reunian las gracias de las diferentes edades que las rodeaban, y en sus hijos reflejaban sus perfecciones. Tan diversas semejanzas multiplicaban los sentimientos que las madres inspiraban, y amándolas, no se podia menos de conocer que el respeto es inseparable del verdadero amor. «De todas nuestras favoritas (me dijo Aglae) estas son las que se merecen mas ternura, pues en ellas se encuentra lo que con mas ansia buscamos, esto es, lo útil unido á lo agradable:

No evitan sus trabajos afanosos
 Que renazca la flor de su hermosura:
 Al lado de una madre no se apura
 La planta de los dias venturosos.

En seguida las madres se aproximaron al altar, y tuve el placer de admirarlas, notando la ofrenda que cada una presentaba. Entre ellas habia algunas á quienes conocia.

En sus brazos Penthièvre presentaba
Sus hijos adorados ;
Genlis el bello cuadro contemplaba
Con ojos admirados ,
Y luego dibujaba con presteza
De *Adela* las virtudes y belleza.

Despues que las madres concluyeron, vi llegar al santuario á las viudas, y á las abuelas con su cabello nevado; la serenidad y el candor brillaban en su frente ajada por los años: se conocia que habian sido bellas, y se juzgaba que serian amables. El recuerdo de lo que habian perdido aumentaba el valor de lo que conservaban; y su corazon, penetrado de respeto, se complacia en recordar lo pasado, por saborear un sentimiento mas dulce. Conociendo Eufrosina la sorpresa que habia causado á las doncellas ver á las ancianas en el templo de las Gracias, les dijo:

La mujer que ha sido amada
En su noble ancianidad
Por su genio y su bondad ,

Siempre fué mas estimada
Que la jóven adorada
En su bella mocedad.

La juventud oscurece
Defectuosa imperfeccion;
Pero pronto la ilusion
Con los años desaparece:
La senectud aparece
Y nos muestra la ficcion.

El amante en su ternura
Busca agrado, ingenuidad;
Mas si vé la falsedad
Que ocultaba la impostura,
Abandona la hermosura
A perpetua soledad.

Mas encontrando el amante
En la noble senectud
El talento y la virtud,
Renace en aquel instante
La fe y el amor constante
De su grata juventud.

Llora el tiempo fugitivo
Que pasó sin conocer
Tan virtuosa mujer,
Y con tan grato motivo,
Por gozar tanto atractivo
Antes quisiera nacer.

Cual Febo que no encanece,
Siempre igual en su calor,
La jóven, sin el amor,
De veinte años envejece:
Y si es amada florece
Con los años su verdor.

Al concluir estas palabras, saludaron respetuosamente las vírgenes á las ancianas, y estas las abrazaron sin rencor.

Entonces , dirigiéndose á mí la diosa,
me dijo: 'Ya lo has visto ,

Nunca las Gracias en la edad se fijan.
Al mundo parte , y á tu Emilia advierte
Que ya su suerte le reserva un dia
Nuestra morada.

El grato nudo que á los dos estrecha
Harán eterno la razon y juicio ,
Al artificio del taimado pecho
Odio jurando.

El falso brillo que ficcion ostenta
Y el sucio velo del argullo vano
Se dan la mano , y al mortal conducen
A la impostura.

En el ocaso de la edad ligera
Vuestro cariño avivará ternura ,
Si de Natura la florida senda
Siempre siguiéreis.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

Enonces, dirigiendose á mi la diosa.
me dijo: Ya lo has visto.

Enoc las Granis en la edad se llan.
Al mundo parte, y á tu Emilia adierte
Que ya su suerte le reserva un dia
Nuestra morada.

El grito nudo que á los dos estruena
Hasta eleva laaxon y juicio,
Al ardidio del llamado pecho
Olio jurando.

El falso bello que lice en celaria
Y el suco velo á argallo vano
Se dan la mano, y al mortal conducen
A la impostura.

En el caso de la edad ligera
Y enate carias exvina ternura,
Se de Natur la florida sena
Siempre envidiosa.

VIE DE LA TERCEÑA PARTE.

ÍNDICE.

A EMILIA.	pág.	5
NACIMIENTO DEL AMOR.		7
INFANCIA DEL AMOR.		16
HEBÉ Y EL AMOR.		23
SEMELE Y ARIADNA.		27
NISO Y SCILA. TESEO.		45
ERIGONE, ICARIO.		54
BODAS DE TETIS Y PELÉO. PÁRIS. .		65
JUICIO DE PÁRIS.		72
VENUS; SU CULTO, SUS DIVERSOS	}	78
NOMBRES. SAFO.		
BACO.		89
LAS GRACIAS.		99

INDICE

3 A EMILIA 3
7 MATRIMONIO DEL AMOR 7
16 TRANCIA DEL AMOR 16
27 DERE Y EL AMOR 27
27 RUMBLE Y AMADORA 27
45 RISO Y SOLA TRES 45
44 RINGOBE FABRICO 44
65 ROLAS DE TETA Y PERLO 65
72 RUCIO DE FABR 72
78 TETES DE CUTO, SUS DIVERS 78
88 TONNES 88
90 TACO 90
90 LAS CHACAS 90

